

EL VERANO DE TU VIDA



LUCY MORTON



BASADA EN HECHOS REALES
(Algunos personajes de la historia
son fruto de la imaginación de su autora.
Los protagonistas sí existen en la vida real)



Copyright © 2016
Lucy Morton
Registro de la Propiedad Intelectual.
Todos los derechos reservados.

© EL VERANO DE TU VIDA.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

CAPÍTULO 1

KATE

24 horas antes de la boda

Esto no puede estar pasando. ¡No puede estar pasando! Quiero gritar, quiero bailar, quiero irme a un karaoke, ponerme hasta arriba de mojitos y cantar toda la noche. En 24 horas, voy a casarme con el hombre más maravilloso sobre la faz de la tierra y no puedo creer que una chica como yo, del montón, haya tenido esta suerte.

Conocí a Martin en un pub de Nueva York al que solía ir con mis amigas cada viernes. Había acabado de romper mi relación de un año y medio con un idiota llamado Joshua y lo único que me apetecía esa noche era tener sexo sin compromiso con un completo desconocido. Quería arriesgar, necesitaba aventura y pasión. Me puse el vestido rojo. Sí, ese vestido rojo, llamativo, ajustado, escotado y exuberante que todas las mujeres tenemos en nuestro armario, pero que no nos atrevemos a ponernos nunca. Llamé a Charlotte, Pam, Lucy y Betty, que como siempre, vinieron corriendo a consolarme. Era una suerte poder contar con ella, no todo el mundo puede decir que tiene las mejores amigas del mundo.

—¡Menudo idiota! —dijo Charlotte, la más pizpireta y alocada de todas—. ¡Por la soltería!

—¡Por la soltería! —gritamos todas al unísono.

Excepto Betty. Betty, la más modosita del grupo, el ratón de biblioteca siempre con sus inseparables gafas de pasta y sus moños mal hechos, se limitó a sonreír en silencio.

—¿Qué pasa, Betty? —preguntó Lucy, una cascarrabias malhumorada, que

a pesar de todo, soportábamos por sus siempre graciosos chistes.

—Bueno, yo... —balbuceó Betty—. He conocido a un chico.

Nos reímos y a continuación, la bombardeamos a preguntas. Lo cierto, es que aunque me alegraba por la dulce Betty, no me apetecía escuchar lo bonito que había sido su encuentro en el metro con un atractivo hombre con el que acababa de iniciar una relación; tras otro fracaso personal que anotaría en mi agenda de relaciones amorosas. Gracias a mi distracción, vi al hombre más perfecto que Dios (si es que existe), creó. Oh, sí... En ese momento creí en Dios y en los ángeles que habían traído hasta la tierra a un Adonis de cabello castaño, ojos rasgados de color azul y unos labios carnosos que deseé desde el primer momento. No pude evitar mirarlo fijamente con descaro, mientras mis amigas seguían hablando con Betty sobre el *tío del metro*. Él dejó de mirar al tipo barbudo que tenía enfrente para devolverme la sonrisa. ¡Qué sonrisa!

—Kate. Kate. Kate. ¡Kate! —chilló Pam—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

La voz chillona y aguda de Pam hizo que todos los presentes en el pub nos miraran. Me sonrojé y en un ataque de valentía, me levanté y fui hacia el Adonis que me había robado el corazón desde el minuto uno en el que reparé en su presencia. Claro que en vez de saludarle, me coloqué estratégicamente entre él y su amigo y me apoyé en la barra dirigiéndome al atolondrado camarero, utilizando dos tácticas infalibles: Pechos y trasero. Trasero en pompa, pechos apoyados en la barra pareciendo más tersos, redondos y deseables.

El amigo barbudo del Adonis puso los ojos en blanco y se fue al baño.

—Martin Logan.

¡Mi Adonis tenía nombre!

—Kate Spencer.

Sonreí pícaramente ofreciéndole mi mano. Él la besó, como los galanes de Hollywood de la época dorada.

—¿Quieres algo? Yo invito —se ofreció, caballeroso y amistoso.

—Un *Bloody Mary* —respondí coqueta.

Fue el inicio de la mejor noche de mi vida. Tal vez estuviera mal que dejara colgadas a mis amigas. Al fin y al cabo, habían quedado conmigo esa noche para consolarme y yo se lo pagaba, sustituyéndolas por un hombre al que acababa de conocer. Y aunque en principio, lo único que quería esa noche de noviembre era olvidar mis penas, ahogarlas en alcohol y tirarme a

cualquier tío en el mugriento baño de un pub; acabé descubriendo que era verdad lo que mi abuela decía siempre: «Cuando sientas mariposas revoloteando por tu estómago, habrás encontrado al amor de tu vida».

Cinco años más tarde, las mariposas siguen revoloteando por mi estómago cada vez que estoy con él. Y hoy además, una mezcla explosiva de temblor en las piernas y un nudo de emoción en la garganta, han venido a visitarme para hacerme saber que al fin, uniré mi vida con la del hombre al que amo. ¡Para siempre! En la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Reviso mi agenda. Quiero que todo esté perfecto mañana. Vestido y complementos listos, el restaurante, las flores, la iglesia, el menú, la tarta nupcial, los invitados... Martin se ha portado muy bien. Ha dejado que me quede sola en el apartamento que compartimos desde hace tres años, y se ha ido a la habitación de un hotel. Imagino que habrá salido a celebrar la última noche de soltero con sus amigos, aunque prometimos que nada de “alocadas” fiestas en las que el hombre prometido acaba tirándose a la del *streptase*. No pasa nada, confío en él y sé que no le van ese tipo de mujeres. Martin es elegante y refinado, cuidadoso hasta con el más ínfimo detalle. A veces me pone un poco nerviosa que quiera tenerlo todo siempre tan organizado, pero hasta eso me gusta de él. Suena mi teléfono, es Betty. Betty se casó el año pasado con el *tío del metro*. Lo llamo así porque soy muy mala para los nombres y no recuerdo cómo se llama. Y sí, sé que tal vez soy la peor amiga del mundo por no recordar el nombre del marido de una de mis mejores amigas.

—¿Todo listo, Kate? —pregunta entusiasmada.

—¡Sí! He estado revisando las listas y todo está preparado.

—¿Y Martin?

—Supongo que en el hotel. No nos veremos hasta mañana en el altar. ¡En el altar, Betty! ¡Oh, Dios...! Estoy tan nerviosa... ¿Tú también estabas tan nerviosa? No lo recuerdo.

Betty no se desprendió de sus gafas de pasta, ni siquiera enfundada en el bonito vestido de novia palabra de honor que llevó el día de su boda. El *tío del metro* la miró embelesada como si fuera la mujer más hermosa del mundo. Recuerdo haber envidiado esa mirada y haber deseado con todas mis fuerzas, que Martin me mirara así el día de nuestra boda.

—Claro que sí, Kate —dice riendo—. ¿No lo recuerdas? Me temblaban las manos, Karl ni siquiera acertó a la primera al colocarme el anillo de casados.

Eso es, Karl. Recordaría el nombre del *tío del metro* hasta después de la boda.

—¿Quieres que quedemos? ¿Se lo comento a las chicas? —propone.

—¡Claro!

5 horas antes de la boda

—**Y** como iba diciendo... Una boda es la culminación de todo el amor que dos personas sienten la una por la otra. Lo más importante en la vida es amar y ser amado. Sentir esas mariposas revoloteando por tu estómago desde el primer día hasta el último. Hasta que te mueras.

—Kate... Has bebido demasiado, cariño —dice Betty, que me sostiene del brazo izquierdo, mientras Charlotte hace lo mismo con mi brazo derecho.

—No, no... estoy bien.

¿Qué me pasa? ¿Por qué mi voz suena gangosa? Lucy y Pam se ríen, mientras Charlotte y Betty parecen llevar todo el peso del mundo a sus espaldas.

—Te has engordado un poquito ¿no? —rechista Charlotte.

—¿Qué hora es? —pregunto de repente, abriendo en exceso los ojos.

—Las siete de la mañana, Kate. Y quedan exactamente, cinco horas para que de comienzo la función —responde Pam.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Creo que solo el ruido de mis tacones al correr, se escuchan por las calles matutinas de la ciudad de Nueva York. Las chicas, se apresuran a perseguirme y no sé cómo demonios consigo llegar sana y salva a mi apartamento. Cuando me miro al espejo me doy pena.

—¿Pero por qué me dejasteis beber tanto anoche?! —les recrimino señalándolas una por una con el dedo.

No dicen nada y se apresuran a prepararme todo lo que necesito para estar perfecta y presentable encima del altar junto a Martin. Me lavo la cara, un esperpento con el rímel corrido, unas enormes ojeras lilas y una tez pálida que dice a gritos que se marea y que quiere vomitar. Limpio mi cabello grasiento y mis pies negros, que no sé qué han debido pisar para que se encuentren en ese

deprimente estado.

—¡Venga, venga, venga! —exclamo.

Llegan las arcadas. Me encierro en el cuarto de baño a vomitar y cuando me desprendo de todos los mojitos, whisky, *Bloody Mary's* y *Manhattan's*, logro respirar hondo y tenerme en pie con normalidad.

Las horas pasan demasiado rápido cuando tienes prisa. Las agujas del reloj no se apiadan de nosotras y mis amigas, una a una se van yendo a sus apartamentos para acabar de arreglarse. A las 10h de la mañana vienen mis padres y afortunadamente, no sospechan que no he dormido y que hasta hace tan solo unas horas estaba borracha como una cuba. Gracias a unas cuantas aspirinas y a un café con sal, he vuelto a la vida.

—¿Te has aplicado corrector de ojeras, cariño? —pregunta mi madre, escudriñándome con atención.

—Sí... —murmuro yo malhumorada, dirigiéndome de inmediato al cuarto de baño, para volver a aplicarme el dichoso corrector anti ojeras que no funciona tan bien como promete en televisión.

Esto no hay quien lo arregle. Martin no me mirará como si fuera la novia más hermosa del mundo, sino como diciéndome: «¿Qué hiciste anoche? ¿Fiesta loca? ¿No quedamos en que no?».

La Boda

Entiendo el temblor de manos que tuvo Betty el día de su boda, porque es el mismo que tengo, yo mientras voy de camino a la Catedral de San Patricio donde le juraré amor eterno a Martin.

—Son simples papeleos. ¿De verdad quieres que formalicemos lo nuestro, Kate? —comentó hace un año.

Al ver mis lágrimas, Martin me abrazó. Al día siguiente, se me declaró en mi restaurante preferido, el Balthazar, situado en el Soho.

—Cariño, todo irá bien —dice mi padre, interrumpiendo mis pensamientos—. Mírate, estás preciosa.

—Bueno, estaría aún más preciosa si hubiera dormido algo más —rechista mamá, poniendo los ojos en blanco y dando un largo suspiro de esos que sabe que me sacan de quicio.

Sí, estoy guapa. Me he mirado en el espejo y por primera vez en mucho tiempo me he querido a mí misma. El elegante vestido blanco con pedrería palabra de honor, me queda bien y aunque he engordado tres kilos por los nervios, la cremallera no se ha visto forzada. He dejado un mechón de mi cabello rubio cayendo sobre mi rostro perfectamente maquillado, pero me temo que con el calor que hace en Nueva York en pleno mes de julio, me voy a derretir de un momento a otro. ¿A quién se le ocurre casarse en julio? ¡Maldita sea! Lo tendría que haber pensado mejor y elegir noviembre o diciembre. El maquillaje seguiría intacto y las raíces de mi cabello y mis axilas, no sudarían como lo están haciendo ahora.

Diez minutos más tarde, mis padres y yo salimos de la limusina blanca repleta de rosas del mismo color, que esperará a que salga de la mano de Martin. Me estremece un poco pensar, que al salir de la Catedral de San Patricio, ya no seré Kate Spencer, sino Kate Logan. La señora Logan. Oh, Dios mío... da vértigo. Vértigo de verdad.

Respiro hondo como si estuviera en clase de yoga, y ante la atenta mirada

de los transeúntes, que caminan por nuestro lado como si se tratase de un sábado normal; me cojo del brazo de mi padre y subimos las escaleras hasta la entrada de la Catedral. No, no es un sábado normal y corriente. No para mí. Es el día de mi boda, el día con el que sueño desde niña. Desde que me colocaba la funda blanca del cojín en la cabeza y correteaba por casa diciendo «¡Es el día de mi boda! ¡Es el día de mi boda!». Cuánto ha llovido desde entonces.

Mi madre entra con algunos de los invitados que aún están en la calle, contemplándome como si hubieran visto a una Diosa. Les saludo y les digo que luego hablaré detenidamente con ellos. Entienden mis nervios, asienten, y entran en la Catedral antes que yo.

—¿Preparada, mi vida? —pregunta papá.

—Sí.

—¿Recuerdas cuando te colocabas las fundas blancas de los cojines en la cabeza, cariño?

Su pregunta me hace reír.

—Claro que lo recuerdo, papá.

Y los nervios desaparecen.

La marcha nupcial suena melodiosa y refinada de la mano de un pianista situado en el fondo de la Catedral. Lo primero que hago al entrar es mirar a Martín. ¡Qué guapo está! Lleva el cabello engominado hacia atrás y la barba de tres días que llevaba hace dos, ha desaparecido. Me gusta más cuando se afeita, así puedo ver los divertidos hoyuelos que se le marcan en las mejillas al sonreír. Parece nervioso. Me mira y no sonríe. Está serio, demasiado serio.

—¿Todo bien, Kate? —pregunta papá, apenas en un susurro.

No. Algo no va bien. Quisiera salir corriendo, quisiera no sentir este vértigo y este maldito temblor de piernas por el que me voy a dislocar los tobillos. Miro a mi alrededor. Los invitados, elegantes y majestuosos, están de pie y me miran como si fuera una divertida chiquilla repartiendo caramelos en una cabalgata de Carnaval. Mis amigas, sonríen emocionadas enseñando exageradamente los dientes, por lo que va a suceder en unos minutos y sé que piensan algo así como: «¿Lo ves, Kate? ¿Ves como no te quedarías soltera y acabarías viviendo con siete gatos en un minúsculo y viejo apartamento del Soho?»

Creo que quiero vomitar. O morirme. Escudriño la expresión del rostro de

Martin y temo que sea él el que salga huyendo. ¿Por qué tengo esta sensación? Hace 24 horas estaba emocionada, ilusionada por el acontecimiento más importante de mi vida. Y sin embargo, ahora estoy aquí, dudando de mi novio y futuro marido al ver la cara de perros que se le ha puesto al verme. No me mira como el *tío del metro* miró a Betty el día de su boda. Me mira, sí, pero como cuando tiene algo malo que contarme.

El pasillo hasta el altar, me resulta más largo, fatigoso y trágico que el de la película “El Resplandor”. Finalmente, me sitúo enfrente de Martin y le sonrío. Pero maldita sea, ¿por qué no me sonrío? ¿Por qué? Me encojo de hombros y le interrogo con la mirada. A pesar de llevar cinco años juntos, no interpreta correctamente mis gestos. O a lo mejor no quiere interpretarlos. No parece querer estar ahí y a la vez, parece estar en otro mundo. En otro lugar muy lejos de mí.

El párroco empieza a hablar. Dirigimos nuestra atención hacia él, los invitados se acomodan, mi madre aplaude despacito no sé por qué y yo busco en la mirada del pianista un poquito de compasión al no haber recibido las palabras que esperaba por parte del que va a ser mi marido: «Qué guapa estás, Kate».

El sermón se me hace eterno. Busco la mirada de Martin pero no la encuentro. Entre los invitados, su amigo el barbudo con quien nunca me he llevado bien, está llorando. ¿Freddy llora? ¡Ni siquiera mi madre está llorando! ¿Qué es lo que pasa aquí? Martin lo mira. Le doy un codazo y el párroco alza las cejas.

—¿Pasa algo? —susurra el párroco, acercando su arrugado rostro a nosotros.

—Sí —responde de repente Martin.

—¿Qué? —digo yo.

—No quiero, Kate. No quiero. No, no... Yo... —empieza a vacilar.

Una furia desconocida se apodera de mi fuero interno y entonces me doy cuenta. Freddy, su feo amigo barbudo, ha abierto extremadamente los ojos casi tanto como yo y ha dejado de llorar. Martin lo mira de la misma forma que el *tío del metro* miró a Betty el día de su boda. Reprimiendo mis ganas de darle un puñetazo y una patada en los huevos, salgo corriendo por la puerta de la Catedral, avergonzada y humillada ante los 200 invitados. Entro rápidamente en la limusina y le exijo al chofer que arranque. Me da igual adónde vayamos, pero debe salir ya.

No he salido por la puerta de la Catedral de San Patricio como la señora Logan que imaginaba que iba a ser, sino como la Kate Spencer de siempre, que acabaría viviendo sola con siete gatos en cualquier cuchitril del Soho; porque el que creía que era el hombre de su vida, la ha dejado plantada en el altar por el hombre de la suya.

CAPÍTULO 2

STUART

72 horas antes del viaje

Cada vez más personas odian los lunes. Cada vez más personas desean que llegue el viernes. Estudios realizados por la Universidad de Sidney, revelan que el miércoles es el día más depresivo. La mayoría dedica su tiempo a cosas que no les gustan porque necesitan dinero. Si el dinero no fuera el propósito, ¿a qué dedicarías tu tiempo? ¿Estarías haciendo lo que haces hoy? Nos regalaron el derecho de vivir, pero no sabemos por cuánto tiempo. El tiempo es lo único que no se recupera. Ni el más rico del mundo puede comprar un minuto más de vida. A menos que sepas regresar en el tiempo. La única manera de cambiar tu futuro es haciendo algo con tu presente.

El segundo arrepentimiento más común antes de morir es: «Ojalá no hubiera trabajado tanto». El 87% de los empleados del mundo son infelices. El 30% está pensando en renunciar y emprender algo propio. ¿En qué estará pensando el otro 57% restante?

Salgo de la agencia de viajes con un insoportable nudo en la garganta. Por mi lado, pasa una chalada vestida de novia que corre como alma que lleva el Diablo llorando desconsoladamente. Todos se giran para mirarla, yo estoy demasiado ensimismado en mis propios pensamientos como para darle protagonismo a alguien más. Está siendo un año difícil. Un año en el que se hace cuesta arriba hablar con la gente, decirles qué es lo que realmente pasa. No contesto a las llamadas de mis amigos y hace meses que no quedo con ellos. «Venga, Stuart. Una partidita de billar al menos». Les cuelgo el teléfono

y me limito a no hacer nada o a ir hasta el lugar donde he pasado encerrado la mayor parte del tiempo a lo largo de este último maldito año. Terrorífico año. Espeluznante año. Me río solo por las calles del Soho y olvidando a la lacrimógena mujer corriendo por las calles vestida de novia, entro en un bar. Pienso que quizá, hay personas más desgraciadas que yo y eso en parte, me alivia.

Es la una del mediodía y mi estómago me pide a gritos algo de alimento. Pido un sándwich y un café. Sé que debería cuidarme más, pero a este tipo que hace poco se lo rifaban en los anuncios de televisión, no le apetece demasiado mirar por sí mismo.

—¡Ey! ¡El de la tele! —le grita una adolescente a su madre.

—¿Tú eres el del anuncio de *vispring*? ¿El que se aplica las gotas en el tren? —pregunta la madre, una mujer regordeta y poco agraciada de unos cuarenta y tantos, acercándose a mi mesa e invadiendo mi espacio vital.

Asiento avergonzado, aunque no es la primera vez que me sucede.

—¿Qué próximos anuncios tienes pendientes? —se interesa.

—Ninguno, déjeme en paz.

—¡Menudo borde! —sigue chillando la adolescente.

La camarera, una joven de unos veintitantos años, me mira con lástima desde la barra. Se acerca a mí. Lleva su cabello rubio ondulado recogido en un moño deshecho y sus ojos azules son grandes y brillantes. Me sonrío amistosamente.

—Debe ser duro eso de ser famoso —comenta, con la libretita y el bolígrafo preparados para tomar nota.

—Un sándwich y un café. Gracias.

—¿Te encuentras bien?

La miro confundido. ¿Qué le importa? Me abstengo de ser grosero, fuerzo una sonrisa y asiento.

Tres horas más tarde, me estoy follando a la camarera rubia en mi apartamento. En el sofá, por supuesto. Mi cama es sagrada.

Domino y muevo su delgado cuerpo a mi antojo, es sumisa y gime sin parar. Demasiado escandalosa para mi gusto, mi vecino el pajillero debe estar pasándose en grande.

Al terminar, voy al cuarto de baño y al volver, la veo desnuda tumbada en

el sofá donde hemos follado, mirando una comedia romántica en la televisión.

—¿No te vas? —le pregunto arqueando las cejas.

—Oh... —vacila decepcionada—. Sí, claro.

Al irse, frunce el ceño y me mira seriamente.

—¿Cómo me llamo? —pregunta.

Me encojo de hombros y le cierro la puerta en las narices.

Tacho de mi lista otro bar al que no podré volver en mucho tiempo.

48 horas antes del viaje

Decido ir a dar un paseo por Central Park como hacía cada domingo con mis padres cuando era un niño. Los echo de menos y sé que desde algún lugar, estarán quejándose y poniendo los ojos en blanco como hacían cada vez que suspendía un examen; porque su *pequeño* está destrozando su vida.

Hace mucho calor. Al minuto de salir de casa, estoy sudando y la ducha matutina que me he dado de poco ha servido.

Central Park está repleto de jóvenes con gafas de sol y cigarrillos de liar hablando en círculo sobre exposiciones de obras de arte y autores *indies*. La moda del momento. Hay parejas embelesadas a las que envidio y mujeres empujando con nerviosismo los carritos con sus bebés; muy diferentes a las que hacen *footing* mientras escuchan música pop. Niños emocionados en el estanque dando de comer a los patos mientras otros compiten con sus pequeñas barquitas de plástico. «¡La mía corre más! ¡Te voy a ganar!», gritan, con sus vocecillas infantiles, sus cabellos despeinados y sus rodillas al aire llenas de rasguños.

Más adelante, a medida que voy paseando, el mal karma acumulado decide vengarse de mí. Se me caga una paloma en la cabeza, piso un par de chicles y el desodorante me ha abandonado. «Ahora solo me falta que una loca vestida de novia, venga hacia mí corriendo y caigamos al lago», pienso malhumorado.

Al llegar a mi apartamento miro el billete sin fecha de regreso que compré ayer. Grecia. El lugar que siempre quise visitar... no será cómo imaginaba, pero finalmente será. Ahí estaré, cumpliendo promesas, tratando de vivir. Al encender la televisión, me veo en un par de anuncios que hice hace un año. Hace un año... cuando todo era perfecto, mi aspecto era impecable y no me acostaba con la primera camarera que me sonreía. «Si pudiera volver atrás en el tiempo», me lamento, en el interior de mi solitario apartamento repleto de

fotos más. Egocéntrico hasta para eso.

24 horas antes del viaje

Mareado, me incorporo y al mirar a mi lado de la cama veo una densa cabellera negra y unos delgados brazos alrededor de mis sábanas. Niego con la cabeza y sacudo el hombro de esa desconocida despiadadamente.

—Mmmm... ¿Qué manera de despertar son esas? —pregunta con la voz ronca abriendo un poco unos ojos de color castaño que no recuerdo haber visto en mi vida.

Está desnuda. Me muestra sus pechos operados y un abdomen plano.

—Lo pasamos bien, ¿eh?

Me guiña un ojo y vuelve a girarse.

—¿Quién coño eres? —pregunto entonces, reprimiendo la rabia que siento por ver a esa mujer en mi cama.

En la mesita de noche hay un condón usado. Me llevo las manos a la cara y estrujo mi sien sin lograr recordar qué sucedió anoche. A las 19h salí de casa y me metí en un pub. Bebí un par de copas de whisky y luego... Nada, no recuerdo nada.

—Sal de aquí inmediatamente —insisto—. No deberías estar en esta cama, maldita sea.

—Mmmm... Mmmm...

Ahora se gira hacia mí con los ojos aún cerrados y sus prominentes y también operados labios haciendo gestos extraños. Ruiditos que me ponen nervioso. Baja con la mano la sábana y me muestra su vagina rasurada. No puedo evitar mirarla y entonces, al volver a mirarla a la cara me sonrío y me guiña un ojo.

—¡He dicho que te vayas! —le grito.

Se levanta de golpe mirándome con rabia. Se agacha para coger del suelo unos pantalones de cuero negros y una camisa transparente roja, se viste con rapidez y se sube a sus zapatos de tacón de aguja.

—Estás loco ¿lo sabes? ¡Loco!

—¡Zorra!

Como alma que lleva al Diablo, la desconocida sale de mi apartamento. Debo recordar en que pub la conocí, para tacharlo también de mi larga lista de locales a los que tengo prohibido acudir en mucho tiempo.

Por la tarde hago las maletas. Triste y cabizbajo, saco toda la ropa que tengo de mi armario incluidos varios bañadores. Me han dicho que las playas de Grecia son espectaculares. Me atrevo a abrir la parte del armario que no debería mirar. Me derrumbo un poco y decido entrar en el primer bar que veo abierto; no sin antes asegurarme que no aparece en mi lista. Cinco horas más tarde, tengo otro bar que debo tachar de mi lista y una resaca que me obliga a irme a dormir pronto para poder madrugar y llegar a tiempo al aeropuerto.

CAPÍTULO 3

KATE

24 horas después de la boda

Quisiera dejar de respirar y morirme. Tumbada en mi cama, he imaginado mil ciento tres maneras de suicidarme. Una de ellas, es aplastar la almohada contra mi cara hasta asfixiarme; pero me temo que el instinto de supervivencia es demasiado inteligente y no me deja hacerlo. Dios, Dios, Dios... ¡Qué vergüenza pasé! Mi teléfono hecha humo, no deja de sonar una y otra vez... Mis padres, las chicas, mis tíos de Vermont, mis primos de San Francisco exigiéndome que les pague el billete a través de incontables mensajes en el contestador... Un desastre. Una tragedia.

Es domingo. Me molestan los rayos del sol que entran por la minúscula ventana del dormitorio de mi apartamento de soltera en el que me he refugiado. Afortunadamente no lo alquilé. Afortunadamente... Si no, tendría que haberme visto obligada a volver al apartamento que compartía con Martin y verle la cara. Esa sucia cara con esa sucia mirada que no pudo continuar con la mentira el día de nuestra boda. ¿Por qué me ha hecho esto? ¿Cómo ha sido capaz? Arrastro mis pies hasta el salón y observo, compadeciéndome de mí misma, los billetes de avión que nos hubieran llevado a una idílica luna de miel a Grecia. Ahora sé porque Martin eligió Grecia como destino. Porque está lleno de hombres que buscan a hombres. Porque nuestra relación ha sido una mentira y no quiero pensar en la de cosas que habrá hecho mientras estaba conmigo. A los tíos que se habrá follado. La relación secreta que desde

siempre ha mantenido con Freddy, su amigo el barbudo.

«¡Basta!», me digo a mí misma dando un saltito. Voy hasta la cocina y me sirvo una copa de vino aunque son solo las once de la mañana. Cojo el teléfono, escucho los mensajes en el contestador y vuelvo a compadecerme de mí misma al no distinguir la voz de Martin entre tantas otras. ¿Así termina lo nuestro? En serio, ¿así?

«¡A tomar por culo!», me dice mi amiga Lucy en un mensaje.

Me río y lo repito. «¡A tomar por culo!»

Llamo a las chicas y quedamos en media hora. No me pongo el vestido ajustado de color rojo con el que creí haber conquistado a Martin aquella noche, porque entre otras cosas, no me entra. Charlotte se ríe de mis pintas. Mis bermudas color beige y la camiseta con rayas marineras no parecen ser de su gusto, pero me da igual.

—Kate... ¿cómo estás? —pregunta Betty abrazándome.

—No. No, no y no —digo de repente. Todas me miran, queriendo saber cómo continuará esta conversación—. He pasado 24 horas tumbada en mi cama sin querer ver ni escuchar a nadie; avergonzada por todo lo que ha ocurrido. Fuerte, sí. Es muy fuerte. Pero no quiero que os compadezcáis de mí. En serio, estaré bien. Soy muy fuerte.

No saben qué decir. Se limitan a asentir, pero al ver sus miradas, de nuevo ese desagradable nudo en la garganta se apodera de mi ser y rompo a llorar desconsoladamente, bajo la atenta mirada de todos los que están sentados en la terraza del bar tomando un refresco. Como el día de mi no-boda en el que corrí por las calles neoyorquinas con mi vestido de novia, mi moño deshecho y un montón de lágrimas saliendo a borbotones de mi triste mirada. Deberían pensar que era una chalada.

—¿Qué miráis? —chilla Lucy.

Los clientes del bar vuelven a centrarse en sus conversaciones y después de respirar hondo durante un momento, saco de mi bolso los billetes a Grecia.

—¿Quién los quiere? —pregunto sacudiéndolos.

—¿Cómo? ¿Qué son? —Charlotte coge los billetes y niega con la cabeza—. Ve tú, Kate. Vete a Grecia, disfruta.

—Ya, pero... No, no, que va. No sé viajar sola. Ni siquiera puedo comer sola en un restaurante.

—A tus treinta y dos años, ya va siendo hora, bonita —dice Pam, ladeando la cabeza.

Medito durante unos instantes. Quizá no es tan mala idea y en Grecia hay tíos que están muy cañón a los que sí les gustan las mujeres. «No. Fuera hombre, Kate. Vas a estar una buena temporada sin pensar en hombres», pienso cabizbaja, mirando los billetes que ahora tiene Betty.

—Betty, ¿no quieres ir con el *tío del metro*? —sugiero.

—Con mi marido, Kate. Mi marido. Y se llama Karl.

—Karl. Claro, Karl —repito, sabiendo que se me volvería a olvidar al cabo de dos días.

—No podemos. Este año tenemos vacaciones a finales de agosto —se lamenta la dulce Betty.

Interrogo al resto con la mirada y todas niegan con la cabeza.

—¿En serio? ¿Ninguna podría acompañarme?

Estoy disgustada. Muy disgustada. Me debato entre ir o no ir, aprovechar un viaje de ensueño o venderlo por internet.

Aburrida en casa, me sirvo la doceava copa de vino del día y enciendo la tele. Aparece un hippie de ojos pequeños y cierto aire a John Lennon con unas gafas de montura dorada y empieza a decir serenamente:

«Cada vez más personas odian los lunes. Cada vez más personas desean que llegue el viernes. Estudios realizados por la Universidad de Sidney, revelan que el miércoles es el día más depresivo. La mayoría dedica su tiempo a cosas que no les gustan porque necesitan dinero. Si el dinero no fuera el propósito, ¿a qué dedicarías tu tiempo? ¿Estarías haciendo lo que haces hoy? Nos regalaron el derecho de vivir, pero no sabemos por cuánto tiempo. El tiempo es lo único que no se recupera. Ni el más rico del mundo puede comprar un minuto más de vida. A menos que sepas regresar en el tiempo. La única manera de cambiar tu futuro es haciendo algo con tu presente.

El segundo arrepentimiento más común antes de morir es: Ojalá no hubiera trabajado tanto. El 87% de los empleados del mundo son infelices. El 30% está pensando en renunciar y emprender algo propio. ¿En qué estará pensando el otro 57% restante?»

Sus palabras me transmiten paz. Calma. Después de escucharlas, siento que mis problemas se desvanecen y empiezo a pensar seriamente en la posibilidad de coger el vuelo del martes a las siete de la mañana y partir hacia Grecia. Eso es... debo hacer algo con mi vida y empezaré por ahí. Por ser capaz de viajar sola a un lugar desconocido.

24 horas antes del viaje

No puedo empezar por lo más complicado, así que el lunes decido ir sola a un restaurante. Entro por la puerta, saludo al recepcionista y este me indica la mesa en la que debo sentarme. Bien, estoy bien. Estoy sola y estoy bien. El problema viene cuando una camarera bajita de tez morena y voz aterciopelada, me pregunta cuándo vendrá mi acompañante.

—No espero a nadie —le respondo con la cabeza bien alta.

—Oh... entonces retiraré este plato.

Rápidamente, recoge el vaso, el plato y los cubiertos que tengo enfrente a la espera de un comensal que no habría llegado nunca, y se retira para volver segundos después a tomarme nota. Le digo lo que quiero. Bien, vamos bien. Es fácil. Miro el móvil, me entretengo observando por la ventana y el próximo problemilla viene, cuando el resto de mesas se empiezan a llenar repletas de gente acompañada. A-COM-PA-ÑA-DA. La única persona que está comiendo sola en el restaurante soy yo y me siento como una imbécil. Pero aún es peor pensar que en Grecia, habrán un montón de parejas y grupos de amigos y que probablemente, nadie esté tan loco como para ir solo a un lugar como ese. Es una locura, no podré. No podré.

Engullo la comida sin distracciones, hago ver que miro el *Facebook*, pido la cuenta y me voy. Ha sido una experiencia terrible, no volveré a comer sola en un restaurante nunca más.

10 horas antes del viaje

—No puedo. Os juro que no puedo —les digo a las chicas, en nuestra sesión nocturna de *Skype*.

—Deja esa maldita copa de vino, Kate —ordena Lucy, acariciando a su gato. Dejo la copa—. Bien. Escucha bien lo que te voy a decir. Si no vas a Grecia, algún día, cuando seas una vieja loca con siete gatos en un cuchitril del Soho, te arrepentirás de no haberlo hecho. Yo misma me arrepentiré de no haber pedido dos semanas libres en el trabajo para acompañarte, pero ese es otro tema. Maldita sea, Kate. No desperdicies tu vida. No permitas que un tío te amargue la existencia, no uno que no te ha dejado por una mujer, sino por un hombre. A ver chicas, ¿preferiríais pillar a vuestro chico con otra mujer o que fuera homosexual?

Todas se encogen de hombros y miran hacia el techo de sus respectivos apartamentos.

—Yo, desde luego, preferiría que fuera homosexual porque busca algo que yo no puedo darle.

Lucy se detiene, se agacha y nos muestra un consolador de color rosa fosforito. Todas empezamos a reírnos como locas y yo le doy un trago a mi copa de vino disimuladamente para evitar que Lucy me vea desde la pantalla de su ordenador.

—En eso tiene razón —interviene Pam—. Piensa que dentro de un año, nadie se acordará de la no-boda.

—No, qué va... tú no conoces a mi familia, Pam. Lo recordarán toda la vida. Ni siquiera he visto a mis padres, no puedo mirarlos a la cara.

Cuando llamé a mi madre, se puso a llorar desconsoladamente y me preguntó una y otra vez, qué sería de mí. De la vida de su única hija. «Cielo santo, cuando papá y yo muramos te quedarás tan sola...», dijo dramáticamente.

—Vete, Kate —dice entonces Betty, que ha estado callada durante toda la

conversación—. Vive una aventura inolvidable y no pienses en hombres aunque... —suspira traviesa—. Bueno, nunca se sabe. Tal vez, el amor de tu vida te está esperando en Grecia.

CAPÍTULO 4

STUART

Próximo destino: Grecia

Mientras espero en la cola de embarque, pienso en las 4.782 millas que separan Nueva York de Grecia. En las 16 horas de vuelo que me esperan. Y en lo mal que llevaré el jet lag. Nueva York va 7 horas por detrás de Grecia.

El avión va repleto de grupos de jóvenes, hombres griegos de figura escultural, ancianas que me recuerdan a las de los anuncios de los *Yogures Griegos* con faldas largas negras y bolsas a cuadros que huelen a pies.

A las cinco horas de vuelo, me duele la espalda y se me han entumecido los pies. «Esto a los veinte años, no me pasaba», maldigo. Voy hasta el minúsculo retrete del aeropuerto pero está cerrado. Diez minutos más tarde, con un cabreo monumental, insisto.

—¿Cree que es la única persona que está en este puto avión? ¡Abra de una vez!

A los pocos segundos, sale por la puerta una mujer de unos treinta y pocos años con el rostro consumido por la pena. Me pide perdón en un murmullo y la veo alejarse hasta su asiento. Al salir, una griega casi más alta que yo, ataviada con un minúsculo y escotado vestido negro, espera en el pequeño pasillo del avión.

—¡Vaya bombón! —le piropeo.

La griega ríe, me toca el hombro y me sorprende con un:

—¿Quieres entrar conmigo?

Nunca he follado en el retrete de un avión. Es incómodo pero excitante. La

altura y las prominentes curvas de la mujer griega a la que penetro salvajemente, ponen difícil mi movilidad; pero por cómo jadea, sé que le está gustando. Al terminar, se relame los labios, me mete la lengua en la boca y después de arreglarse un poco, sale del cuartucho guiñándome un ojo.

Al salir yo, vuelvo a encontrarme a la mujer consumida por la pena, que me mira de reojo negando con la cabeza.

—Avísame si piensas estar dos horas en el retrete —le digo bruscamente.

Me aburro. Me aburro tanto que me follo a la griega tres veces más hasta que una azafata nos reprocha nuestra falta de respeto e incivismo. La griega me da una tarjeta con la dirección de su casa que yo rompo en mil pedacitos cuando ella no me ve. La chica con cara de amargada y ojos lacrimógenos me observa. Prudente, me mira de reojo y a menudo la veo suspirando, lloriqueando o negando con la cabeza y poniendo los ojos en blanco cada vez que me veía cruzar el pasillo disimuladamente en dirección al pequeño retrete.

KATE

Próximo destino: Grecia

«Menudo cabrón», pienso del tío que ha aporreado la puerta del retrete mientras yo lloraba encerrada en él, prisionera de mi amargura y de mi desesperación al verme sola en un avión durante 16 horas. Lo he visto tres veces recorriendo el pasillo en dirección al retrete para follarse a su amiguita la griega. Mantengo los nervios a raya comiendo cacahuetes. No sé con cuántos kilos de más saldré de este infernal avión repleto de grupos de jóvenes, viejas griegas con bolsas que huelen a gato muerto y Adonis que deben ser homosexuales como el hombre que debería ir en el asiento de al lado. Algo positivo debe de tener su ausencia y el ridículo que hice en mi no-boda: a pesar de no ir en primera clase, tengo espacio suficiente para dormir cómodamente.

A las diez de la noche hora neoyorquina, el piloto nos avisa con amabilidad y diligencia, que queda una hora para llegar al aeropuerto de Sámos. Contemplo un amanecer precioso desde la ventanilla y calculo que en Grecia deben ser las cinco de la madrugada, por lo que llegaremos a las seis. De Sámos tengo otro vuelo de dos horas y cuarenta minutos a las siete de la mañana hora griega, que me llevará hasta mi destino final. Calculo mentalmente las horas y sobre las 9:40h llegaré a la isla de Ikaria. La elegimos porque un amigo de Martin le comentó que era la isla más mágica y especial de Grecia.

Lo único que deseo es una cama. Estirar las piernas y dormir hasta que me dé la gana. Entonces, empiezo a temblar y otra lágrima recorre mi mejilla. Quizá esté haciendo un drama de todo esto y no sea tan grave pero... ¿Qué diré en la recepción del hotel? ¿Cómo diré que no soy la señora Logan, que no hay

señor Logan y que me he quedado simplemente como la señorita Spencer? Compuesta y sin novio. Tal vez se compadezcan. Tal vez se rían de mí a mis espaldas. O tal vez al igual que Lucy, piensen que la americana acabará sola en un cuchitril de su país viviendo con siete gatos.

Recién llegada a Grecia

Al fin llegamos a Sámos y he podido ver por la ventanilla del avión, la hermosura de un amanecer en Grecia. Desde la distancia, he admirado el color blanco de las casas que se divisaban desde el cielo y el azul del océano en calma. La cálida luz que nos ofrece el cielo, con sus tonos rosáceos y anaranjados; me han hecho pensar que Lucy estaba en lo cierto. Jamás llegará un momento en mi vida, en el que pueda arrepentirme de no haber hecho este viaje porque estoy aquí. Respirando, comiendo cacahuetes y pisando por primera vez en mi vida suelo griego. Esperando en el pequeño aeropuerto de Sámos, entreteniéndome en las tiendas y comprando imanes para la nevera; hasta que a las siete de la mañana embarco en otro avión con destino a la isla de Ikaria a la que estoy deseando conocer.

9:40h

La voz del piloto diciendo que hemos llegado a la isla de Ikaria y que espera que hayamos tenido un feliz vuelo; me despierta del sueño en el que estaba sumergida. En él, recorría junto a mi padre el pasillo de la Catedral de San Patricio en dirección al altar. Ahí, me esperaba Martin y el párroco. Martin sonreía de forma extraña. Los invitados poco a poco iban desapareciendo y a mi lado apareció Freddy, con su espesa barba, su mirada inquieta de penetrantes ojos azules y una carcajada que aún estando despierta; me pone los pelos de punta. A continuación, Martin se fuga con Freddy, y abrazados, desaparecen de mi vista sin parar de reír. Mi padre me mira apenado y me dice: «Era lo mejor, Kate. No te pertenecía».

Las sabias palabras de mi padre en sueños, ha hecho que me entren ganas de llamarlo y escuchar su voz. Siempre calmada y paciente, recuerdo los cuentos que me leía antes de dormir. El beso que me daba en la frente y la caricia en mi pequeña mejilla regordeta. Me arropaba, apagaba la luz y dejaba la puerta entreabierta, para poder venir rápidamente si aparecía un monstruo

de debajo de la cama. Niego reprimiendo las ganas de llorar por la emoción que estos recuerdos me producen, cojo mis maletas y al girarme, veo al sinvergüenza que aporreó la puerta del mini-lavabo del avión en el que embarcamos en Nueva York.

Me mira con desprecio y en vez de disculparse, me da un codazo con la intención de pasar por delante de mí.

—Oye, ¿qué te has creído? —le reprocho.

—¿Perdón? —ríe.

—Me has dado un codazo.

—¡Uy! ¡Lo siento, alteza!

—¿Te estás riendo de mí? —me cruzo de brazos.

—Déjame en paz.

Aparta un mechón de su cabello castaño, frunce el ceño y aparta su mirada de ojos castaños de mí.

—Eres un idiota.

Vuelve a girarse y al mirarme, siento toda la ira del mundo que yo a pesar de todo, no he podido mostrar en mi vida.

—¿Acaso me conoces de algo? —pregunta, alzando la voz.

—¿Qué pasa? ¿No tener a tu griega al lado te crispa los nervios?

—Mira, porque eres una mujer que si no...

—¿Si no qué? —le provoco.

Se contiene, cierra con fuerza el puño, aprieta los labios y calla justo en el momento en el que el resto de pasajeros se dirigen hasta la puerta de salida del avión.

Qué mal cuerpo me ha dejado este hombre. Menudo idiota.

CAPÍTULO 5

STUART

¡Bienvenido a la isla de Ikaria!

Tal y como imaginaba al salir de Nueva York, el *jet lag* me ha afectado una barbaridad. Son las 9:40h y estoy en una isla que aún no conozco. Mi cuerpo, acostumbrado al horario neoyorquino, debería estar en reposo en la cama. Durmiendo de madrugada o follando con alguna camarera de algún bar que al día siguiente tacharía de mi larga lista.

Dejo de pensar en las horas y también en el incordio de la mujer con la que acabo de mantener una acalorada y estúpida discusión. Ella, precisamente ella, tenía que ser la única persona del avión que aterrizó en Sámos y que luego, cogió un vuelo con destino a Ikaria. Tal vez al igual que yo, cerró los ojos y señaló por casualidad la isla en vez de cualquier otra. Nunca he creído en el destino o en las casualidades. Pero sí en la acumulación de mal karma, y haber coincidido con la rubia con cara de amargada que había estado llorando en el interior del retrete del avión; era mucho peor que pisar un chicle o tener que soportar que un pájaro se te cague encima mientras paseas tranquilamente por Central Park.

Lo peor de todo llega, cuando la veo subir en el mismo autocar que yo. Se sienta delante, me mira de reojo cruzándose de brazos y yo decido ir a la parte de atrás para no tener que volver a enfrentarme a esa histérica.

Creo que hay 20 hoteles en la Isla Ikaria y la rubia lacrimógena tiene que bajarse precisamente, a las puertas de Villa Dimitri al igual que yo. He estado contemplando durante todo el camino el cielo azul, los caminos de tierra y las casitas bajas de piedra de color blanco con ventanas del mismo tono que el cielo. Elegí Villa Dimitri, situada sobre una montaña rocosa, por su

tranquilidad y ubicación. Al lado del mar, era el lugar perfecto para pasar unos días indefinidos de desconexión y decidir qué es lo que finalmente acabo haciendo con mi vida. Pero al ver que ella entra antes que yo a las puertas de la Villa, algo en mí me dice que la discusión que tuvimos en el avión hace unos minutos, no será la última.

KATE

¡Bienvenida a la isla de Ikaría!

Villa Dimitri está compuesta de diversos apartamentos pequeños con cocina en la planta de abajo y el dormitorio en el segundo piso. Está a tan solo unos pasos de la playa y Martin y yo pensamos en el momento de elegirlo como nuestro lugar de luna de miel, que sería el lugar perfecto para pasar dos semanas de ensueño. Sin embargo, el *tío del avión* me sigue y también parece molesto por la casualidad de que los dos nos alojemos en el mismo lugar. Maldigo mi suerte y decido ignorarlo entrando primero.

Me recibe una recepcionista alta y esbelta de cabello negro como el azabache y ojos castaños de forma almendrada. Luce una sonrisa envidiable y sus manos son ágiles con el teclado del ordenador.

—Entonces... —Vacila un momento frunciendo el ceño—. ¿El señor Logan no la acompaña?

—No —respondo, conteniendo las lágrimas.

El *tío del avión* está detrás de mí susurrando maldiciones que no logro ni quiero entender.

—Entiendo. Tranquila, señorita...

—Spencer.

La recepcionista se apiada de mí con una mirada compasiva que es lo que menos necesito en estos momentos.

—Su apartamento está disponible. Cuando salga de recepción, gire a la derecha y entre en el número 2. Estas son sus llaves.

Se lo agradezco con un gesto de cabeza y al girarme, casi me como al *tío del avión*.

—¿No tienes ojos en la cara? —pregunta de mal humor.

Le doy un codazo y con lágrimas en mis ojos, sigo las indicaciones de la recepcionista y voy hasta el apartamento número 2. Por el camino me cruzo con un guapo hombre de tez morena que me sonríe y me detiene dulcemente.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —pregunta sin apartar una perfecta sonrisa de dientes alineados y blanquísimos, tocando mi hombro.

—Sí...

—¿Americana?

Vuelvo a asentir mirando al suelo.

—Bienvenida a Villa Dimitri. Soy Stefan Kafkis, el chef de la Villa. Por si le apetece degustar nuestros manjares griegos —ofrece amablemente.

—Oh, muchas gracias.

—Y si quiere un guía turístico, será un placer acompañarla.

Agradezco su ofrecimiento y le digo que seguramente, nos veremos esa noche. Ahora necesito tumbarme en una cama y dormir mil horas.

Al abrir el apartamento, me gusta lo que veo. La decoración es rústica y austera, pero todo está en perfecto orden. Dejo mis maletas y al subir al dormitorio, unas mariposas negras revolotean por mi estomago al ver la gran cama de matrimonio decorada con pétalos de rosas rojas formando un corazón. En medio hay una caja de bombones y una nota que dice:

“Señores Logan, bienvenidos a Villa Ikaria. Que tengan una luna de miel de ensueño”

Oh, Dios mío... Si esto no es deprimente, que me pinchen. Aparto de la cama con rabia todos y cada uno de los aún frescos pétalos, abro la caja de bombones y dejo que el chocolate ahogue mis penas.

Las siete de la tarde en Grecia. Las doce del mediodía en Nueva York. Me despierta el atardecer de la isla y contemplo ensimismada las vistas que me ofrece el balconcito de mi habitación. Veo el mar, el cielo al atardecer y oigo voces divertidas alrededor de la villa. Quizá es tiempo de salir. De ir a cenar sola y dar un paseo por la playa cuando se haga de noche. Pienso en las veces que he visto algo así en las películas románticas y sin embargo, no me veo a mí misma haciéndolo. Ya fue bochornoso ir a comer sola a un restaurante de

Nueva York, ciudad en la que nadie se fija en nadie, como para sentarme a cenar en una pequeña Villa, sin otro comensal enfrente que me dé una buena conversación.

Introduzco la contraseña del *Wifi* que me indica una tarjetita que está encima de la mesita de noche y escribo un *WhatsApp* en el grupo de las chicas.

—¡Ya he llegado a la Isla! He dormido y ahora iré a cenar en la Villa.

—¡Cuenta, Cuenta! —responde inmediatamente Betty, con emoticones de corazoncitos.

—Esto es bonito... el cielo es bonito... La Villa es tranquila aunque los pétalos de rosas en forma de corazón que me esperaban encima de la cama han sido deprimentes. Me he comido una caja de bombones entera —confieso con remordimientos.

—¡Disfruta, Kate! ¡Y cómete otra caja de bombones por mí! Vivir permanentemente a dieta es una mierda —escribe Lucy con un emoticono guiñándome un ojo.

—¿Has visto ya a algún tío buenorro? —pregunta Charlotte introduciendo emoticonos guarros que preferiría olvidar.

—El chef no está mal... —contesto.

—¡El chef! —imagino a Lucy sacando el vibrador rosa fosforito del cajón, mientras piensa en follarse a un chef macizo sobre la encimera de metal bajo los fogones de una amplia cocina.

—¡Cállate! —escribo infinitos emoticonos partiéndose de risa—. Me voy a cenar, chicas. ¡Os voy contando!

La primera cena

No me he traído el vestido de color rojo ajustado. No tengo ganas de provocar, ni siquiera de tener sexo con un desconocido encima de la tapa del retrete de cualquier bar. Elijo para la ocasión un vestido vaporoso de flores y unas sandalias color beige. Voy hasta el cuarto de baño y armándome de valor, me animo a maquillarme un poco y a cubrir las ojeras lilas que se ríen de mí frente al espejo. Cuando decido que estoy presentable, salgo de mi apartamento y bajo por el caminito de tierra rodeado de frondosos arbustos y coloridas flores alumbradas por unos farolillos que están empezando a encenderse; entrando de nuevo en recepción. No está la mujer que me recibió, en su lugar, hay un hombre alto y corpulento cuyo bigote negro muy del estilo Dalí, llama poderosamente mi atención.

—¿El restaurante? —pregunto.

No le da tiempo a responderme. El *tío del avión* pasa por mi lado y se detiene frente a mí.

—¿Sigues sin ojos? ¿No ves los letreritos? Están en inglés, para los americanos como tú y como yo. Por ahí —informa bruscamente.

Pongo los ojos en blanco y miro con cara de circunstancias al recepcionista que ha fulminado con la mirada al *tío del avión* por sus malos modales conmigo.

No me queda otro remedio que seguirlo y al llegar al restaurante, empatizo con el *tío del avión*, porque ambos nos quedamos quietos en la entrada observando las mesas repletas de parejitas prodigándose palabras de amor, susurros al oído y arrumacos.

—¿Mesa para dos? —pregunta la mujer que me recibió hace unas horas en recepción.

—¡No! —exclamamos el *tío del avión* y yo al unísono.

—Bien lejos de esta mujer, por favor —ruega el *tío del avión*.

Por lo visto, no ha caído demasiado bien en Villa Dimitri, porque le dan la peor mesa del familiar y agradable restaurante. Yo, mientras tanto, disfruto de las vistas nocturnas hacia el mar, desde la mesa al lado de un ventanal. Veo a

Stefan trabajar en la cocina desde un pequeño hueco que hay rozando a la mesa en la que se encuentra el *tío del avión*, absorto con fastidio en su teléfono móvil. No siento mariposas revoloteando por mi estómago al mirarlo. Es un Adonis, como lo creí de Martin la primera vez que lo vi. Pero no siento nada. «Abuela. Abuela», la llamo mentalmente. La pobre mujer hace ocho años que está criando malvas, pero me gusta pensar que me oye desde alguna dimensión desconocida y me envía señales. «Si no siento maripositas, ¿puede ser igualmente el hombre de mi vida?». Respondería tajante que no. Que podría estar bien un polvo de una noche (ella era así de moderna), pero no para toda la vida. «El estómago no engaña cuando trata los temas del corazón, Kate», me decía.

Le digo a la camarera que quiero cenar lo que Stefan quiera. Stefan me mira sonriente desde la cocina y asiente con la cabeza. Instantes después, me sirven un plato cuyo nombre no podría repetir correctamente dos veces: *Spanakotiropites*, que básicamente, son empanadillas de queso feta y espinacas. Cuando termino, la camarera me trae otro plato y aunque le digo con un gesto cansado tocando mi barriga hinchada, que no puedo más; insiste en que lo pruebe. *Spanokopita*: espinacas envueltas en pasta. ¡Oh Dios! Voy a reventar de un momento a otro.

—Todo estaba delicioso —le digo al chef, acercándome hasta el hueco que hay entre la cocina y el restaurante.

El *tío del avión* pone los ojos en blanco y rebufa desde su mal posicionada mesa.

—¿Tienes planes esta noche? —pregunta el chef.

—Pensaba ir a dar un paseo por la playa.

—Espérame ahí.

Ha sonado a cita. Ha sonado a: «Espérame ahí que vas a saber lo que tiene un griego entre las piernas». Eso es lo que hubiera dicho Lucy riéndose de su propia ocurrencia. Le sonrío sin mucha convicción y voy hasta la playa. Mis ojos se enrojecen de ira, al ver a una pareja de homosexuales regocijando en la arena.

STUART

La Cena

Menuda mierda. Estos griegos no saben comer y sus quesos apestan. Odio las espinacas envueltas en una pasta seca que ha preparado un soberbio chef que veo desde la rendija que da paso a la cocina. Mi mesa es la peor del restaurante y tengo que ver cómo la rubia amargada, disfruta junto al ventanal con vistas nocturnas a la playa. Me distraigo con el móvil mirando las fotos que suben en *Instagram* algunos de mis compañeros que se hacen llamar actores por haber hecho cuatro anuncios de televisión. Manos entrelazadas, hamburguesas, sanas ensaladas, los ojos de sus parejas, los pies descalzos sobre la arena, besos a orillas del mar... ¡Buah! Quiero vomitar.

La rubia amargada coquetea con el chef. Yo aún no he follado con ninguna griega o turista despistada. Aquí todo son parejas embelesadas y me temo que ninguna está por la labor de serle infiel a su protector y recién estrenado maridito. No aún.

Decido amargarle el paseo a orillas del mar a la rubia congestionada por las lágrimas y la busco por la playa. Se ha hecho de noche y la luna es enorme, la más grande que he visto en mi vida. El reflejo sobre el mar es precioso y me río de mí mismo al ponerme un poco ñoño y al pensar... pensar... pensar... ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

Al cabo de dos minutos, veo a la rubia gritándole a dos homosexuales que por lo visto estaban regocijando en la arena. Uno, barbudo y más bien feo, la mira con los ojos muy abiertos por lo que distingo en la oscuridad. El otro, más atractivo, la mira confundido sin saber qué hacer o qué decir. Me acerco un poco más para saber qué es lo que les está diciendo la loca americana.

—¡Cómo has podido, Martin! ¡Cómo has podido venir aquí! ¡Con él! —

chilla como una loca, estropeándole el momento a otras parejas que querían tener sexo imprudente en la playa bajo el reflejo de la luna y la brisa marina.

—¿Cómo iba a saber que vendrías, Kate? —Al fin, conozco el nombre de la rubia amargada—. ¡Si ni siquiera puedes comer sola en un restaurante!

—¡Idiota! ¡Hijos de puta! —sigue gritando con rabia.

Pienso en acercarme y amargarla aún más. Pero aparto un mechón de mi frente y paso por delante de ellos mirándolos de reojo y encogiéndome de hombros.

—¿Y tú qué miras, *tío del avión*?

La tal Kate, me introduce en la discusión sin que yo se lo haya pedido.

—¡Ey! Yo solo pasaba por aquí.

—¿Tú solo pasabas por aquí? Menudo imbécil.

La rubia amargada llamada Kate, se aleja de nosotros y yo me quedo ahí, quieto; mirando como su esbelta figura se aleja en dirección a la Villa. Los dos hombres, aún compungidos por lo que acaba de suceder; hablan sobre la posibilidad de salir corriendo de ahí. Fugarse a la isla de Mykonos donde la fiesta y el alcohol están asegurados y no tener que volver a enfrentarse a la loca amargada que les ha estropeado la noche.

Recibo un mensaje. El *Wifi* del hotel es poderoso y me sorprende que llegue hasta la playa.

“Stuart. ¿Qué vas a hacer?”

Leo una y otra vez el mensaje y ahora soy yo el que llora ante la atenta mirada de los dos homosexuales, sin saber que aún quedaban lágrimas en mis ojos.

CAPÍTULO 6

KATE

Día dos

—¡No puede ser! —escribe Lucy en el *WhatsApp* del grupo, con emoticones similares a los de la cara de Macaully Culkin en la película “Solo en casa”.

A continuación, mis amigas escriben infinidad de insultos hacia Martin y Freddy, preguntándose como han tenido la cara dura de presentarse en la Isla y en la misma Villa; en la que el que tenía que ser mi marido, debería estar conmigo.

Yo me pregunto lo mismo. No he podido pegar ojo en toda la noche y la acalorada discusión que tuvimos, me ha dejado los nervios hechos polvo. Bueno, más bien era yo, hablando y gritando; soltando blasfemias y cagándome en la madre que los parió. Por si fuera poco, el *tío del avión* pasó por delante y estoy convencida que disfrutó del momento. Me quedé sin cita con el chef griego y volví inmediatamente a mi habitación. Fumé cientos de cigarrillos y me serví mil copas de vino. Resultado: hoy tengo resaca. Me duele la cabeza y mis pulmones parecen estar atascados.

Salgo de mi apartamento con un bikini rosa fosforito como el del consolador de Lucy y un pareo negro; aún con el miedo en el cuerpo por si voy a encontrar a Martin y a Freddy regocijando en cualquier esquina. Pienso en la posibilidad de irme, pero eso significaría que Martin ha ganado la batalla y es algo que no pienso permitir. «Orgullo, cabeza bien alta y el dolor solo para las funerales». Eso era lo que siempre decía mi abuela.

Voy hasta la piscina de la Villa, que sorprendentemente está vacía. Imagino

que las parejitas han preferido ir a la playa o a visitar cualquier lugar de la isla. A mí no me apetece caminar sola por las calles de la isla, una de las más aisladas del mar Egeo; cuyo nombre se debe al héroe de la mitología griega Ícaro, hijo de Dédalo, que escapó del laberinto de Creta volando con alas de cera que se derritieron al acercarse demasiado al sol. El joven, que tenía agallas, cayó al mar ahogándose, y dicho mar fue denominado en su honor Mar Icario. Los relieves montañosos, sus torrentes y el ambiente sereno de la Isla, impregna sus pueblos. Su aislamiento ha servido para preservar costumbres milenarios y un espíritu griego puro, apenas alterado por el turismo y la modernidad a la que turistas como yo estamos acostumbrados. La historia del desdichado Ícaro, resuena en mi mente mientras nado relajadamente en la piscina y me hace pensar que la vida podría ser peor. Podría estar muerta, podría ahogarme en el mar y sufrir una muerte lenta y dolorosa. Podría estar llorando en un funeral, pero me encuentro llorando bajo el agua de la piscina de Villa Dimitri.

—¡La americana amargada! —exclama una desagradable voz masculina.

Salgo de las profundidades del agua, para enfrentarme al maldito *tío del avión*, cuyo único fin, parece ser amargarme mis dos semanas en Grecia.

—¿No tienes otra cosa qué hacer, que venir a molestarme?

Salgo de la piscina y me acerco a la tumbona. Veo como el chef Stefan se acerca a mí y me libra de una situación incómoda con el *tío del avión*.

—¡Preciosa americana! —exclama Stefan.

El *tío del avión* se ríe y se tira en bomba a la piscina, salpicándome y dejando empapado a Stefan.

—Ayer fui a la playa —continúa diciendo Stefan, ignorando por completo la mala educación del americano—, no te vi. ¿Por qué no me esperaste?

—Oh... estaba cansada, Stefan.

—Esta noche —dice intensamente—. Cuando acabe mi turno, espérame.

Me guiña un ojo y se aleja. Cojo mi móvil y envío un *WhatsApp* a mis amigas, que deben estar a punto de terminar sus jornadas laborales.

—El Adonis griego me ha dicho, que esta noche cuando acabe su turno quiere ir a dar un paseo por la playa —escribo, rellenando los huecos del mensaje con intensos corazoncitos rojos.

Tomo el sol, ignorando por completo al *tío del avión*, que sigue buceando en la piscina. Cuando sale, abro un ojo para contemplar su escultural cuerpo. Los rayos del sol deslumbran su tez blanca y vislumbro unos cuadraditos muy

apetitosos en su abdomen. Sus brazos fuertes, agarran con rapidez la toalla y se seca el cabello. Sus ojos castaños han adquirido un tono verdoso en el que no había reparado.

—¿Qué miras? —pregunta con una sonrisa pícaro.

—Las rosas del jardín —respondo tranquilamente.

—Ya... ¿Por qué llorabas en el avión?

Su pregunta me sorprende. Su repentino interés por mí me deja descolocada.

—Es más. ¿Por qué les gritabas ayer a esos tíos?

—A ti no voy a contarte mi vida.

—Da igual, me importa una mierda.

Vuelve a tirarse en bomba y vuelve a dejarme empapada. Lo maldigo entre dientes y contesto a las numerosas preguntas obscenas de mis amigas en el grupo de *WhatsApp*.

STUART

Día dos

Soy curioso por naturaleza, así que me hubiera gustado que la americana amargada hubiera respondido a mis preguntas. Bueno, en realidad me da un poco igual. Pero me aburro. Estoy por irme a Mykonos junto a los dos homosexuales con los que discutió anoche. Lo cierto es que hoy, en la piscina, la he visto atractiva y *follable*. Su cuerpo, algo más entradito en carnes de lo que prefiero yo, es deseable y su piel parece suave y aterciopelada. Su cabello rubio mojado brilla con los rayos del sol y sus penetrantes ojos rasgados de color azul, parecen casi transparentes. Tiene unas divertidas pecas sobre su discreta y respingona nariz y unos labios carnosos sin operar, que me recuerdan a las cerezas que comía cuando veraneaba en el campo con mis padres, mis tíos y mis primos.

Al estirarme en una tumbona a su lado, se quita las gafas de sol y me mira con descaro.

—¿Por qué demonios te sientas aquí? —pregunta—. ¿No hay más tumbonas?

Me río e ignoro a su pregunta.

—No, en serio. ¿Quién eres? ¿Piensas amargarme las vacaciones?

—Esta tenía que ser tu luna de miel, ¿verdad? El tío de ayer, al que le estabas gritando en la playa, ¿era tu novio? ¿Has descubierto que te era infiel con otro hombre?

Abre mucho los ojos y no dice nada. Por la mueca que hace con su boquita de piñón, pienso que de un momento a otro se va a poner a llorar como en el minúsculo retrete del avión. No, por favor... aquí no, no delante de mí.

—Soy Stuart Branson. Y voy a intentar cambiar de tema para no amargarte más de lo que ya lo estás.

Se lo digo con sinceridad y de buen rollo. Pero la tal Kate no parece tomárselo así e indignada, recoge sus cosas y desaparece de mi vista. «Para una vez que intento ser amable...», me digo, incorporándome y volviéndome a tirar en bomba a la piscina.

Por la tarde, he ido a hacerle la pelota a la recepcionista para así por la noche, tener una mesa mejor en el restaurante y no en la que tengo que aguantar la peste de la cocina desde la mesa de enfrente. Le pregunto sobre los lugares más interesantes que hay que visitar y además de regalarme un mapa de la isla, empieza a contarme con familiaridad, lo que más le gusta a ella. Empieza por la multitud de rutas de senderismo que hay y del interior montañoso, a pesar del pequeño tamaño de la isla. Dice que las mejores playas de Ikaria son las de Livadi y Mesakti. Habla de Ayios Kyrikos, que es la capital de la isla y el puerto principal. Dice que es imprescindible visitar su iglesia y un pequeño museo arqueológico y folclórico. A dos kilómetros, comenta que se halla una de las grandes atracciones de la isla: Therma Lefkada, un balneario termal estupendo, cuya agua de sus manantiales surge a temperaturas entre los 32 y 56 grados centígrados y son muy beneficiosas para las enfermedades reumáticas pero tienen la peculiaridad de ser naturalmente radiactivas y algunos manantiales permanecen cerrados por ese motivo. Cerca, se encuentran las ruinas de la antigua acrópolis. Las casas de estilo neoclásico que tiene Evdilos, la que antiguamente fue capital de la isla y hoy en día es su segundo puerto; también es un lugar interesante para pasear, asecura. Me comenta, que ahora en verano funciona un servicio de taxi-boats entre Ayios Kyrikos, Therma y la playa de Fanari y que pueblos como Mayrato que es muy pintoresco y cuya vegetación tupida; Oxea Mileopos, Kampos y su museo arqueológico, también son lugares que merece la pena conocer. Habla maravillas del islote de Diaspori que está muy cerca, y de su iglesia de la Asunción. Y ya me he perdido con tanto nombre extraño, cuando me nombra Oinomageireio tis Popis, en Evdilos, una agradable taberna en la que se puede degustar el auténtico soufiko, que se trata de una especialidad isleña. Cuando le pregunto dónde está el ambiente, responde con una sonrisa pícaro que en Magganitis, el pueblo más occidental y me propone ir con ella esta noche.

Esa noche, la recepcionista deja que me siente en una agradable mesa junto al ventanal con vistas a la playa y me limito a pedir una ensalada griega para no tener que sufrir el apesoso sabor de las espinacas en cada plato o la pasta seca que prepara el “reputado” chef al que sin saber por qué, le he cogido manía. La recepcionista me guiña un ojo y me recuerda que cuando acabe su turno, me lleva hasta Magganitis. Dice que todo está a media hora del lugar y que lo pasaremos bien. Contornea sus caderas provocándome, sabiendo que su trasero es el protagonista único e indiscutible de mi mirada.

—Me he quedado dormida.

¿Qué? Le pregunto con la mirada a la amargada americana, al ver que se sienta en mi mesa.

—¿Qué estás haciendo?

—Kate, Kate Spencer aunque en realidad tendría que ser la señora Logan y sí, esta tendría que ser mi luna de miel —suspira y ríe—. El hombre al que le grité ayer, es el que me dejó plantada en el altar y el barbudo feo que lo acompañaba su amante y actual pareja estable. ¿Contento? ¡Una copa de vino, camarera?

—Kate. ¿Vas un poco borracha, no?

Ahora el que se ríe soy yo.

—¿Borracha yo? ¿Por dos copitas de vino? No, no. Y dime... ¿Cómo te llamabas?

No sé si ser borde como siempre o un tipo formal y amable como antaño. No sé si la situación me divierte o me incomoda. Solo puedo mirar esos grandes ojos azules pendientes de mi ensalada, con el rímel corrido y los labios excesivamente pintados de rojo. Va vestida con unas horribles bermudas de color beige y una camiseta de rallas marinera, muy diferente al vestido que llevaba anoche.

—Stuart Branson. En serio, ¿qué te has tomado?

—¿Me das tu ensalada?

—¡No! Pídetela.

—¡Camarera!

La camarera, sin guiñarme el ojo como antes y más seria de lo habitual, viene resignada hasta nuestra mesa.

—Una ensalada como esta. La mierda que me disteis ayer era infumable.

Vuelvo a reírme. El chef la mira desde el agujerito de la barra y niega con

la cabeza decepcionado.

—No grites tanto, por favor... —murmuro avergonzado.

—¡Venga, Branson! ¡Por el amor de Dios! ¡La vida son dos días! —Le da un sorbo a su copa de vino—. Estoy sin trabajo desde hace seis meses. Antes era redactora, ¿sabes? De una revista de mierda para adolescentes. Sí, ya sabes, de esas en las que decimos los diez trucos infalibles para seducir a un chico o remedios caseros para terminar con la dichosa celulitis. Y hace unos días, mi novio de cinco años me deja plantada en el altar delante de 200 invitados porque es gay y mantiene una relación secreta con el barbudo feo, Freddy. ¡Mierda! ¿Cómo no lo pude ver? La noche en la que lo conocí, estaba con él sentado en la barra y aún así, esa noche... ¡me folló! ¡Me folló, Branson!

—Señorita... —dice la camarera acercándose a nosotros—. Por favor, le tengo que pedir que deje de gritar o me veré con la obligación de...

—¡Ya me voy yo! ¡A la mierda!

Kate se levanta evitando torpemente caer sobre la pareja de la mesa de al lado y sale del restaurante. La camarera me mira incómoda, yo me encojo de hombros y me levanto también.

—Tendremos que dejar nuestra fiestecita para otro día.

—¿Sabes cómo me llamo? —pregunta, frunciendo el ceño.

—¿Acaso me lo has dicho? —pregunto yo divertido.

La camarera se ríe, el chef sigue pendiente de lo que hacemos Kate y yo, y voy tras la americana borracha amargada que ya ha salido al exterior.

—¿Dónde vamos, Kate? —le pregunto, agarrándola por la cintura para que no caiga sobre un pequeño lago que hay en la entrada de la Villa.

—¡Al fin del mundo y más allá!

—Vale, nos conformaremos con ir a dar un paseo a la playa. O sentarnos en la arena, ¿sí? Será lo mejor.

Kate apenas se sostiene en pie y cuando llegamos a la playa, decide que lo mejor será descalzarse y sentarse a orillas del mar. La imito y en silencio, contemplamos las estrellas.

—En Nueva York no se ve un cielo así —reconozco pensativo, más para mí mismo que para ella.

—No te pongas profundo o ñoño, por favor. Preferiría discutir contigo como desde el principio, antes de que me recites un poema.

No suelta la copa de vino. Le da un último trago y lanza la copa con todas

sus fuerzas al mar.

—Veo que te importa mucho el tema del reciclado —comento riendo.

—Esto es una mierda, ¿sabes? No he salido de mi apartamento en todo el día y cuando lo he hecho, he buscado por todos los rincones como una idiota a Martin. Con la esperanza de verlo, hablar con él... hacerlo entrar en razón, ¿sabes? Como si pudiera hacerle ver que no está enamorado del feo de Freddy. Hacerle ver que le gustan las mujeres. Oh, Dios... soy peor que esa gente que dice que la homosexualidad es una enfermedad y se puede curar. Son todos unos imbéciles.

—En eso te doy la razón. Y quisiera disculparme por haber sido tan borde contigo. Ahora que estás borracha y que mañana no recordarás nada de esta conversación, quiero decirte que yo antes solía ser un tipo agradable. La gente me apreciaba y confiaban en mí. Tenía amigos, un trabajo que me gustaba y me iba bien.

—¿Por qué la vida es tan complicada, Branson?

—Porque llega un momento en el que nos damos cuenta que la vida va en serio, Kate.

Asiente y para mi sorpresa, apoya su cabeza sobre mi hombro.

—No pienses que quiero follar contigo, es que me ha dado un vahído. Con quien quiero follar es con el chef. Ese sí que está bueno.

—Gracias por el cumplido —me río.

—No, no, no te lo tomes a mal. Eres guapo y eso, pero no eres mi tipo.

—Ni tú el mío.

—No me extraña —responde divertida—. Las personas no estamos hechas para estar sola, Branson.

No digo nada y al cabo de un rato, Kate se duerme sobre mi hombro y empieza a roncar. Si fuera otra, seguramente la dejaría tumbada en la playa y me iría con la recepcionista a mi apartamento de la Villa. Pero esta mujer me da un poco de pena y decido quedarme hasta que veo aparecer en escena al maldito chef. Kate sigue roncando, sin darse cuenta de nada.

—Bonita estampa —dice, con su marcado e insoportable acento griego—. Vosotros dos...

—No, no. Toda tuya.

—Qué generoso.

Se agacha y se sitúa frente a Kate susurrando su nombre al oído para despertarla. Por alguna extraña razón, me molesta. Querría ser yo quien la

llevara sana y salva hasta su apartamento.

—Déjame en paz, Branson... —rechista Kate con la voz ronca.

—No, soy Stefan.

Kate abre los ojos como platos y mira a su alrededor. ¡Qué divertida!

—¿Dónde estoy? —pregunta confusa.

—En la playa con este tipo, pero ya estoy aquí. Puntual en nuestra cita.

—Ya... —Kate no parece muy ilusionada.

—En fin parejita —digo levantándome—. Yo me voy. ¡Qué vaya bien!

—¡Branson! —exclama Kate, aún sentada en la arena junto al chef—.

Gracias.

Asiento, le dedico una sonrisa por primera vez en mucho tiempo sin tener que forzarla, y me alejo hasta la soledad de mi apartamento.

KATE

Día dos

Cuando Stuart se aleja dejándome sola con Stefan, extrañamente siento una sensación de soledad. Estoy borracha. Un poquito. He dormido (y seguro que he roncado... Mierda, mierda, mierda); sobre el hombro de Branson. Branson le llamo yo, porque es lo único que recuerdo. No me he quedado con su nombre y además me gusta; suena muy a peli de detectives y eso siempre mola. Quiero recordar qué me ha dicho, sé que algo profundo y que no hemos discutido por primera vez en los dos días que lo conozco. Quizá no sea tan malo. Quizá también esté solo en la isla por algún problema. Quizá esté amargado o triste y pague su frustración discutiendo con la primera chalada que se cruza en su camino.

Stefan me mira con ojos pícaros. Se muerde el labio y se sienta muy pegado a mí. Contemplo su barba cuidada de tres días, su espesa melena corta de color negro como el azabache y sus profundos ojos oscuros. Labios de Adonis que quieren morder los míos y unas fuertes manos que quieren acariciar mi piel. Oh, Dios... ¿Es lo que quiero?

—Estoy muy borracha —le digo.

—Pero sabes lo que haces, ¿no?

—No te creas. Dime Stefan, ¿a cuántas clientas del hotel te has follado?

Mi pregunta le causa un gran impacto.

—¿Tantas son como para que no sepas qué contestar? —rio yo.

—No, Kate. De verdad, yo solo...

—Tengo sueño.

Me levanto, le doy un golpecito en la espalda y me voy a dar un paseo sola. Pero cuando me sitúo al lado de unas grandes rocas estoy que no puedo más y me detengo a descansar. Me quedo dormida y al día siguiente, me despierto con un dolor de cabeza horrible y las piernas empapadas, porque el agua del mar ha subido más de lo que yo esperaba a lo largo de la noche.

Día tres

Hecha un trapo, con el rímel corrido y el exceso de rojo de mis labios desfigurado, me voy caminando lentamente hasta mi apartamento de Villa Dimitri. No sé qué hora es, pero el sol pega fuerte y hay unos cuantos bañistas disfrutando de las transparentes aguas. Sin pensármelo dos veces y ante la atenta mirada de todos, me sumerjo en el mar tal y como mi madre me trajo al mundo. He tirado toda la ropa sobre la arena sin temor a que algún gracioso se la lleve y al salir tenga que correr desnuda por el recinto. Por primera vez en mucho tiempo, grito sin importarme el qué dirán o pensarán. Las madres les tapan los ojos a sus hijos pequeños, un grupo de jóvenes me piropea desde la distancia observando lujuriosos mi cuerpo desnudo y un avergonzado Branson, que parecía pasar por ahí porque tirarse en bomba a la piscina ya no era su entretenimiento preferido al no estar yo para salpicarme; me mira sin creer lo que sus ojos le muestran. Me río. Del mundo y de mí misma. De la situación de mi vida y de los años perdidos. A partir de ahora, voy a vivir de verdad. Voy a ser la dueña de mi destino, me follaré a quién me dé la gana y si tengo la suerte de volver a sentir mariposas revoloteando por mi estómago genial. Si no, seré feliz viviendo en un cuchitril del Soho con siete gatos. ¿Siete? ¡Ocho! ¡Diez! ¡Veinte! Me da igual.

Salgo del agua más relajada que de mis clases de yoga. Con toda la naturalidad del mundo, cojo mis horrendas bermudas color beige y mi camiseta de rayas y me visto. Le guiño un ojo a Branson y cuando tengo la intención de alejarme hasta mi apartamento, alguien me coge del brazo.

—Chalada americana, ¿tú te has visto? —me pregunta Branson.

—Branson, hazlo tú también. Te sentirás mucho mejor —le digo sonriente.

—No me llames Branson, lo odio.

—¿Cómo te llamas?

Branson, cuyo anterior alias era el *tío del avión*, se ríe.

—Normalmente soy yo el que no recuerda los nombres, Kate. Me llamo Stuart.

—Stuart Branson. Suena muy a peli de detectives, ¿sabes?

—No lo había pensado nunca.

—¿Has tomado café, Stuart?

—Sí.

—¿Quieres otro?

—Vale.

Si cuando aporreó la puerta del retrete del avión, me hubieran dicho que Stuart era un tío encantador, no me lo hubiera creído. Aquí estamos, tomando un café en la terraza, observando las cálidas aguas griegas y el cielo azul de la isla.

—Hacía anuncios de televisión —me cuenta—. Y también hice una aparición en CSI.

—¡Uau! Debe ser alucinante, ¿no?

—No te creas. No es todo tan bonito como lo pintan, ¿sabes? Somos marionetas, solo eso.

—¿Y por qué hace un año que ya no haces anuncios? Siempre cambio de canal cuando emiten anuncios, así que no te he visto en ninguno. Oye, ¿y te reconocen por la calle?

Stuart se ríe y yo me doy cuenta que he hecho demasiadas preguntas en cuestión de segundos.

—A veces. Antes me gustaba, ahora digamos que no estoy de humor.

—¿Y por eso has dejado de hacer anuncios? ¿Porque no estás de humor?

—Es más complicado que todo eso. —Evita mirarme y enciende un cigarrillo.

—¿Qué te ha pasado, Stuart? ¿Por qué estás aquí? —pregunto, adquiriendo un tono más serio.

—Por una promesa. Pero no quiero contarte nada más.

—Muy bien, no pasa nada. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—¿Quién te dice que quiera hacer algo contigo? —pregunta volviendo a adquirir un tono desagradable.

—¡Vaya! Con lo bien que íbamos, Stuart... —me lamento, entre divertida y expectante por ver qué otra perliita va a soltar por su boca.

—Tienes razón. Después de todo lo que te ha pasado, lo último que necesitas es a un idiota a tu lado que te dé codazos y te hable mal. Siento

mucho haberte tratado así.

—Asunto olvidado, Stuart. ¿Hasta cuándo te quedas?

—No tengo fecha de regreso.

—Eso no augura nada bueno.

—En Nueva York no me espera nada bueno.

—¿No puedo hacer preguntas?

Niega seriamente.

—Pues no me pongas la miel en los labios, Branson.

CAPÍTULO 7

STUART

El verano de tu vida

Semana 1

¿Qué puedo decir de Kate? Es divertida, alocada y algo rarita; pero lo estamos pasando muy bien. Ella vuelve a Nueva York la semana que viene y mientras tanto, yo no sé qué es lo que haré. Sigo recibiendo sus *WhatsApps*. Siguen incomodándome, poniéndome triste y de mal humor.

“¿Qué demonios piensas hacer, Stuart? Algún día tendrás que volver”

No lo sé, no lo sé... ¡Maldita sea! No lo sé.

Kate y yo hemos disfrutado de la piscina de la Villa, hemos tomado el sol y bebido Ouzo y Metaxa, las dos bebidas griegas de fama internacional. A Kate no le sentaron muy bien, vomitó todas las espinacas y la pasta seca que su chef le había preparado. No quiere decirme que pasó la noche en la que la dejé sola con el chef de cuyo nombre no consigo acordarme nunca. Tampoco me acuerdo del de la recepcionista y ya han sido tres las veces que ha venido a hurtadillas a mi apartamento y hemos follado como salvajes. ¡Dios, cómo follan las griegas! Es todo pasión, una leona salvaje. Luego, acepta el hecho de que no quiera dormir con ella (ni con nadie), y se va. Tal vez a follarse a otro turista. Tal vez a la soledad de su cama. Lo cierto es que me da igual.

El día en el que Kate y yo estábamos relajándonos en las increíbles aguas termales de Therma Lefkada, le pregunté una vez más sobre su chef.

—Vamos a ver, Kate... ¿Ha habido algo o no?

—¿Otra vez?! —preguntó exasperada—. Te he dicho mil veces que no, Stuart. No sé por qué te interesa tanto. ¿Te pregunto yo acaso cuantas veces has hecho el amor con la recepcionista? ¿Cómo se llama?

—No lo sé —reconozco riendo—. Y no he hecho el amor, me he limitado a follar.

—Los tíos sois asquerosos.

—No seas mojigata, Kate.

—Suerte que no eres mi tipo, porque si no...

—¿Si no, qué? —quise saber sonriendo.

—Mi abuela siempre decía: «Cuando sientas mariposas revoloteando por tu estómago, habrás encontrado al amor de tu vida». Vaya —dice pensativa—, eres la primera persona a la que le cuento lo que me decía mi abuela.

—Pues siento romper la teoría de tu abuela, pero no siempre es así. A veces, esas mariposas revolotean por tu estómago con el paso del tiempo. No creo en el amor a primera vista. Sí en la atracción, pero en el amor... en esas mariposas de las que hablas, no.

Se quedó pensativa mirando al horizonte y supe que era mejor cambiar de tema.

—¿Sabes que estas aguas son naturalmente radioactivas?

—¡¡¡¿¿¿QUÉ???!!!

Chilló enloquecida, saliendo inmediatamente del agua e intentando desprenderse de cada gota que había rozado su piel. Creo que jamás en la vida, me he reído tanto como en ese momento con Kate.

También fue muy divertido verla caminar torpemente por el interior montañoso de la isla en una ruta de senderismo que hicimos el sábado. Aún más divertido fue, cuando cayó rodando por una colina y el guía, con mil cantimploras en sus pantalones, corrió tras ella. O el día en el que estaba convencida que en la playa Yialiskari habían tiburones oliendo su carne, deseosos por devorarla. También recuerdo nuestra visita al pueblo pesquero de Armenistis. Un pueblo por cierto, precioso y repleto de encanto y de historia. Kate evitaba a toda costa a los pescadores y a sus cañas de pescar.

—¿No has visto la peli “Algo pasa con Mary”? Sí, esa en la que un anzuelo de un pescador se le clava en la mejilla a Ben Stiller. ¡Oh, Dios mío! ¡Debe

ser tan doloroso?

Me reí y luego le pregunté si creía en Dios, puesto que siempre decía: «¡Oh, Dios mío!», «¡Santo Dios!» y otras expresiones que me recordaban a mi abuela Agatha.

Veo el momento perfecto para confesarle algo a lo que le he estado dando vueltas a mi cabeza todo el día. Ahora la tengo sentada frente a mí, en la mesa del restaurante de Villa Dimitri al lado del ventanal con vistas al mar. Su tez blanca, más bronceada desde que está en la Isla, ilumina su rostro, sus ojos y resalta el rubio dorado de su cabello.

—¿Sabes? —empiezo a decir sonriendo.

Pero cómo no... la presencia del chef interrumpe mis palabras. Lo miro con fastidio y observo a Kate que parece encantada.

—Hoy te voy a dar de comer algo muy especial —dice Stefan asquerosamente sensual y provocador. Dirijo la vista hasta su abultado paquete. Se ha excitado al ver el generoso escote que Kate lleva esta noche.

—¿Ah, sí?

Kate coquetea, olvidándose por completo de mi presencia. Me limito a mirar por la ventana y a ignorar las idioteces que se están diciendo. Sé que Stefan cuando acabe el turno, la irá a ver a su apartamento. Todo por mi culpa, esta misma mañana le he dicho:

—Disfruta el momento, Kate. ¿Quieres follártelo? Claro que sí, quieres follarte al chef. Me lo dijiste la primera noche, cuando estabas borracha, la liaste en el restaurante y fuimos a la playa.

Kate se ha puesto roja como un pimiento, se ha limitado a encogerse de hombros y a escribir *WhatsApps* a su grupo de amigas neoyorquinas.

—Como todas estén tan locas como tú...

Entonces, ha empezado a hablar de la malhumorada Lucy, la dulce Betty, la directa Charlotte y la misteriosa Pam y me ha gustado saber que hay gente que a pesar de cruzar la barrera de los treinta, sigue conservando a sus amistades de siempre. Yo no lo he sabido hacer y creo, por la ausencia de mensajes y llamadas; que los pocos amigos que me quedaban, se han cansado de esperar.

KATE

El verano de tu vida

Semana 1

Stuart es pretencioso, arrogante y tiene sentido del humor. Es el amigo perfecto para salir de copas y hablar de cualquier cosa con él. Sé que mi torpeza le divierte y aprovecha cada momento para incordiarme. No tiene en cuenta mis advertencias, como el peligro que tienen las cañas de pescar y la multitud de tiburones que creo que hay en cada playa griega. Me he negado también a hacer más rutas de senderismo, soy más de tierra firme, le he dicho. Él se ha reído, recordando seguramente la aparatosa caída que tuve bajando por una colina. Solo recuerdo los mofletes del guía turístico moviéndose a cámara lenta mientras corría hacia mí con un montón de cantimploras, y el golpe que me di en el brazo con una inoportuna roca que no se dignó a apartarse.

Y a pesar de todos y cada uno de los momentos vividos, en los que parecemos más dos hermanos que algo más, hay algo que mantengo en secreto: las mariposas han empezado a revolotear por mi estómago cada vez que estoy con él.

Stuart ha querido decirme algo en la cena, cuando Stefan se ha acercado a la mesa y me ha dicho que hoy tenía algo preparado para mí. ¡Oh, Dios mío! ¡Los pantalones le iban a estallar!

—¿Sabes lo que me apetece de verdad, Stuart? Una pizza. Una hamburguesa del Mc Donald's. Eso es lo que me apetece.

—¡Menudo sacrilegio! —ríe—. Que no te escuche tu chef...

Ya ni siquiera recuerdo qué horas es en Nueva York. Aquí son las once de

la noche y estoy sentada en el balconcito de mi apartamento de la Villa bebiendo una copa de vino y un cigarrillo. Leo un *WhatsApp* de Stuart preguntándome si el chef ya ha venido a mi apartamento. Le digo que no, que lo estoy esperando y que cierre el pico. A las once y diez minutos, alguien toca a la puerta de mi apartamento. Abro, y aparece ante mí el Adonis. El Dios griego con su gran paquete empalmado bajo unos pantalones blancos de lino que me horrorizan tanto, como mis bermudas beige que he decidido tirar a la basura.

—¿Lo has pensado bien? —pregunta.

Y mientras le beso apasionadamente, no dejo de pensar en los labios de Stuart. En lo carnosos y experimentados que deben ser. En lo mucho que me gustaría besarlos. Stefan es salvaje. Me penetra con demasiada rapidez, pensando más en su propio placer que en el mío. Cinco minutos después, termina extasiado. Su cuerpo musculoso está sudado y yo me he quedado con las ganas de recordar qué es un orgasmo.

—Increíble, preciosa americana —dice exhalando el humo de un cigarrillo que acaba de encenderse.

—No tanto, Adonis. No tanto...

El verano de tu vida

Semana 2

—**¡P**or eso prefiero mi consolador rosa fosforito! —escribe Lucy, con mil emoticones tronchándose de risa.

—Menuda decepción —escribo yo con otros tantos emoticones de carita triste.

—¿Le vas a decir a Stuart que empiezas a sentir algo por él? —pregunta Betty.

—¡Debes hacerlo! —insiste Charlotte.

—Estoy de acuerdo —escribe Pam.

—Nos llevamos bien, somos amigos y además se folla a todo ser viviente con dos largas piernas. Es tan bruto que dice: «¿Hacer el amor? No, no... de eso ni hablar, ¡yo follo!». Insistió en que me tirara a Stefan. Y no soy su tipo, me lo dejó bien claro —escribo, como si me costara la vida hacerlo, mientras tomo el café de la mañana de mi último lunes en la Isla griega.

—Piénsalo bien, Kate. A parte de Martin, ¿con quién más has sentido mariposas revoloteando por tu estómago? —pregunta Betty, dejándome en shock. ¿Cómo demonios sabe eso? ¿Se me escapó en alguna de mis borracheras? Pensaba que las palabras de mi abuela solo se las había confesado a Stuart.

—¿Y eso a que viene?

—Viene, a que eso es lo que pasa cuando te gusta alguien mucho, mucho —explica Betty con corazoncitos en su mensaje.

—Mira, Kate. No tienes nada que perder. A estas alturas de la vida, ¿qué pasa si te dice que no? Nueva York es grande, vuelves a la ciudad y te olvidas. No tienes por qué verlo más —escribe con rapidez Pam.

Tienen razón. En este caso, no quiero que algún día, cuando eche la vista atrás en el tiempo, recuerde a Stuart y en lo que podría haber sido si hubiera tenido valor. El baño en el mar como mi madre me trajo al mundo, rodeada de

tanta gente, fue revelador. Me hizo desear la libertad de hacer y de decir lo que me diera la gana. Sin represiones. Sin prohibiciones. Con el lema de: mi vida es mía y solamente mía. Nadie va a vivirla por mí, así que voy a disfrutar el momento. Y que sea lo que Dios quiera... aunque no crea en Dios.

—Stuart...

Estamos tumbados en la tumbona de la piscina de la Villa. Stuart responde con un adormilado «mmm» y creo que no es el momento ideal para decirle que tenía razón cuando me dijo que a veces, las mariposas no revoloteaban por tu estómago desde el primer día, sino que tardaba algo más.

—Nada.

CAPÍTULO 8

STUART

El verano de tu vida

Semana 2

Reconozco que me alegró saber que el chef no era bueno en la cama. Kate, cada vez que pasaba por delante del chef, se arrimaba a mí para que el griego no le dijera nada. Un día, creí que me iba a matar con la mirada.

Es la última semana de Kate y probablemente la mía también. No me imagino en Villa Dimitri sin ella y el hecho de quedarme solo me deprime aún más de lo que ya lo estaba cuando vine hasta aquí. Volver a Nueva York me da pánico, pero después de un año, debo enfrentarme de una vez por todas a la situación. A la triste realidad. Debo tomar una decisión que nunca debería haberme pertenecido pero que sin embargo, ahí está... acechándome noche y día.

Estamos cenando en el restaurante de la Villa. Kate está más callada de lo normal, pero pienso que tal vez está cansada. Hoy, después de nuestra jornada en la piscina, hemos ido con un coche de alquiler hasta el pueblecito pesquero de Armenistis, en el que nos hemos gastado un dineral en recuerdos tales como imanes, tazas de café, postales y otros artilugios artesanales que realmente no nos hacían falta.

Kate juega con su plato, en el que hay unas poco apetecibles Dolmades, que consisten en unas hojas de parra rellenas de carne aunque los griegos también las rellenan con arroz o vegetales. Se les llama así porque el plato proviene del turco *dolma* que significa *envuelto*.

—¿Tienes miedo de que el chef haya envenenado tu cena? —le pregunto divertido.

—Yo de ti temería más a tus Spanokopita que a mis Dolmades, Branson.

Sé que algo no va bien cuando me nombre por mi apellido y no por mi nombre. La miro a los ojos y quiero saber qué es lo que piensa. ¿Piensa aún en Martin? El hombre que debería haberse casado con ella y que sin embargo, en el momento más inoportuno, reconoce que es homosexual y grita a los cuatro vientos que con quien realmente quiere estar es con su mejor amigo de toda la vida. Una putada para la pobre Kate. Una liberación para el tal Martin, que no debería haber accedido a preparar una boda si pensaba plantar a Kate en el altar. Yo he sido un cabrón a lo largo de toda mi vida, lo reconozco. Pero sería incapaz de hacer algo así.

—El otro día... —dice al fin. Vacila, suspira y me mira sonriente—, cuando el chef nos interrumpió, ibas a decirme algo.

—¿Yo?

Iba a decirle que estos días con ella habían sido los mejores de mi vida. Que este verano con ella, era el mejor que había vivido jamás. No recuerdo un verano tan feliz, desde que tenía cinco años y me dedicaba únicamente a trepar por los árboles, ir en bici y putear con los tirachinas a todas las lagartijas que tenían la mala suerte de toparse conmigo.

—No lo recuerdo, Kate.

Parece decepcionada. Asiente y mira con tristeza sus Dolmades.

—Mis Spanokopita están sosos. Vámonos a la playa.

Kate asiente y nada más pisar la arena en la oscuridad de la noche, se convierte en otra persona. Empieza a correr hacia la orilla del mar deshaciéndose de su vestido corto de flores para acabar tirándose en bomba. Ríe, mira al cielo estrellado y me anima a que haga lo mismo.

—¡Mojigato! —grita desde el agua.

—¡Creo que veo un tiburón!

—¡¡¡¿¿¿QUÉ???!!!

Me rio casi tanto como la vez que la vi caerse colina abajo. Ahora resulta, que el mojigato soy yo. Vislumbro su mirada fija en mí. Mirándome como solía hacer ella. Con ese deseo y todo el amor del mundo que creí que no sería capaz de volver a encontrar. Sin la rapidez con la que Kate se ha quitado la ropa, me desvisto y entro poco a poco en el agua.

—¡Está fría! —me quejo.

—¡Quítate los calzoncillos! —se ríe.

—¿Estamos en cuarto de primaria? ¡Jamás!

Cuando logro entrar en el agua, Kate se acerca a mí rodeando mi cuello con sus brazos. Nos miramos fijamente a los ojos, y cuando yo no puedo evitar lanzarle una mirada a los labios, se aproxima a mí lentamente y me besa.

—Siento maripositas revoloteando por mi estómago, Stuart —confiesa.

—¿Ves como a veces, solo hace falta esperar? —le digo yo, agarrándola con firmeza por la cintura y atreviéndome a acariciar su trasero bajo el agua.

—Puede que las sintiera desde la primera vez que te vi en el retrete del avión. ¡Dios! ¡Deberían hacerlos más grandes! —se ríe—. Pero la pena no me permitió verlas.

La beso. Le beso bajo la luz de la luna y siento que vuelvo a nacer. Que el Stuart que creía que estaba olvidado y enterrado, a renacido porque lo que realmente quiere, es estar junto a esta mujer.

KATE

El verano de tu vida

Semana 2

—¡Oh, Dios mío! —exclama Betty, inundando de corazones nuestro grupo de *WhatsApp*.

Lucy cambia la foto principal del grupo. Ahora en vez de siete gatos, aparece la foto de Stuart introduciéndose un *vispring* por la nariz. Me rio de su ocurrencia.

—¿De dónde has sacado eso? —escribo.

—Del todopoderoso Google, señorita. Y cuenta, cuenta... Una noche mágica, desnudos, bajo las idílicas aguas de una isla griega con un cielo estrellado y...

Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado algo así. Fue la noche más mágica de mi vida y nunca antes, ni siquiera con Martin; las maripositas de mi estómago revolotearon con tanta fuerza, pasión y deseo. No podíamos despegar nuestros labios, no podíamos dejar de acariciar nuestros cuerpos ocultos bajo las aguas del mar. El pudor que siempre he sentido hacia mi cuerpo desapareció en un instante al ver como Stuart me miraba. Como si fuera una Diosa sacada de un cuento mitológico griego. Nunca he sentido tanto amor.

—Quieres... —propuse, algo cortada.

—No sabes las cosas que te haría ahora mismo, Kate.

Entonces, negó con la cabeza y se alejó de mí.

—Pero no es el momento ni el lugar.

Tragué saliva, intentando saber qué era lo que quería decirme exactamente

con eso. Supongo que vio la decepción y la confusión en mi rostro; al fin y al cabo, llevamos algo más de una semana juntos casi las veinticuatro horas del día y parece que nos conozcamos de toda la vida.

—Contigo no quiero follar, Kate. A ti te quiero hacer el amor. Quiero y no puedo.

Me dejó sola. Salió a la superficie cabizbajo, cogió la ropa que había dejado sobre la arena y se alejó. Sentí frío, escalofríos y mi mente quiso en cierta manera protegerse; así que ideó el plan de imaginar que cientos de tiburones habían viajado desde lejos para acercarse hasta donde yo me encontraba y corrí como alma que lleva el Diablo hasta la orilla. Dejé abandonadas las bragas y el sujetador en la arena y me puse el vestido con rapidez corriendo hacia Stuart para poder alcanzarlo.

—Branson —le dije, cogiéndole del brazo.

Vi lágrimas en sus ojos. Lágrimas de verdad. Y entonces, le dejé ir.

—¡¡¡¿¿¿QUÉ???!!!

Preguntaron todas al unísono, de nuevo con el emoticono de Macaulay Culkin en “Solo en casa”.

—Así es. Así que ahora voy a emborracharme y a dormir la mona, chicas.

—¡Esto no puede acabar así! —escribe Pam.

—¡No! —se lamenta Betty.

—Hace 24 horas que no veo a Stuart. Eso no es una buena señal. Pasa de mí y lo que menos necesito ahora, es otro batacazo. No me lo puedo permitir —les explico.

Cientos de emoticonos con caritas tristes y lacrimógenas inundan la pantalla de mi teléfono móvil.

STUART

El verano de tu vida

Semana 2

Podría haber sido una gran noche. La mejor de nuestras vidas. Cómo me dolió decirle que no. Cómo me dolió dejar de besar sus labios y acariciar su piel. Hoy no he salido en todo el día de mi apartamento y ella tampoco se ha dignado en llamarme o venir a verme. Imagino que piensa que es mi turno. Que soy yo el que debe darle explicaciones e ir tras ella. Chica lista...

“Stuart, te estamos esperando. Haz el favor de venir, por favor. ¿Qué vas a hacer?”

Sigue insistiendo. Sigue enviándome *WhatsApps* a todas horas. Cae la noche en la isla. Hoy la luna no está tan grande como ayer ni las lunas brillan con tanto esplendor, como cuando estaba sumergido en el mar muy cerca de Kate. Echo de menos su risa, su olor a vainilla, su mirada coqueta y su cabello despeinado. También su torpeza y sus manías. Echo de menos estar con ella y sentir millones de mariposas correteando por mi estómago. Pero he tomado una decisión y debo ser firme con ella.

Alguien llama a la puerta. Con la esperanza de que sea Kate, voy corriendo a abrir pero la decepción se apodera de todo mi ser al ver a la Diosa griega. La recepcionista, cuyo rostro parece preocupado por mí.

—¿Estás bien, Stuart? No te he visto en todo el día y pensaba que tal vez estuvieras enfermo. O necesitaras algo... ya sabes...

Se acerca a mí y empieza a desabrocharse los botones de su camisa negra. La aparto de mi lado, casi empujándola.

—Vete, por favor.

—¿Cómo me llamo? —pregunta con una sonrisa pícaro.

—¿Otra vez? Ni lo sé, ni me importa.

Cierro la puerta, enciendo el ordenador y compro un billete para mañana a la una del mediodía con destino a Nueva York.

Son las doce de la noche y no sé si Kate estará despierta, pero tengo que intentarlo. Voy hasta el número 2 y después de un par de recorridos tontos frente a su entrada y una mirada absorta a la luna; me decido a tocar a la puerta. Tarda un poco en abrir y cuando lo hace, me sorprende verla ligera de ropa dirigiéndome una sonrisa bobalicona que solo puede deberse a una buena borrachera. Tiene una copa de vino en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Kate, ¿puedo pasar?

—Stuart, déjame.

—Quiero hablar contigo. Por favor.

Se encoge de hombros y cabizbaja, me deja pasar. No me hace falta recorrer mucho camino para encontrarme al chef desnudo sentado en su sofá.

—¿Qué quieres? —pregunta Kate con frialdad.

—Que ese imbécil se tape el rabo, eso es lo que quiero —respondo con furia.

—Has llegado tarde, amigo —dice el chef.

Me acerco a él con toda la furia que he estado conteniendo al tener que soportar su cara cada día, y le propino un puñetazo en el ojo. El chef, confuso, se abalanza contra mí e iniciamos una aparatosa pelea en el salón del apartamento número 2 de la pacífica Villa Dimitri. Kate abre mucho la boca, deja su copa y el cigarrillo y se acerca a nosotros con la precaución de no salir muy perjudicada.

—Chicos, por favor. —Apenas puede vocalizar—. ¡Parad!

Me detengo a mirarla fijamente a los ojos y me doy cuenta que de nuevo, estoy llorando. Ella también. El chef aprovecha mi despiste para golpear mi cara con toda la fuerza de la que es capaz, dejándome KO en el suelo.

—¡Fuera! —oigo decir a Kate furiosa—. ¡He dicho que fuera!

Escucho un murmullo, unos pasos que se alejan y el golpe de la puerta al cerrarse. Una caricia, un susurro agradable y un aroma inconfundible a vainilla mezclado con vino tinto.

CAPÍTULO 9

KATE

La despedida

Siempre quise que dos hombres se pelearan por mí desde que lo vi en no sé qué película. Pero en el momento en el que Stefan y Stuart se enzarzaron en una violenta pelea delante de mis narices, con alguna copa de vino de más que me impedía centrarme en mi obligación de separarlos; las lágrimas se apoderaron de mis ojos y una angustia inexplicable del resto de mi ser. Uno de los peores momentos de mi vida, sobre todo al ver que era Stuart el que salía más perjudicado en todo esto.

Aquí está, en mi cama. Sentada a su lado, espero a que se despierte, aunque me temo que lo hará con un terrible dolor de cabeza. ¡Menudo golpe! Un mechón castaño cae revoltoso por su frente y tiene el ojo izquierdo completamente amoratado del puñetazo final que le ha propinado Stefan. Maldito chef. ¿En qué momento iba tan borracha cómo para abrirle la puerta del apartamento y dejar que se desnudara en el sofá?

Poco a poco, Stuart empieza a abrir los ojos. Es la una de la madrugada y parece confundido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta tocando el ojo amoratado—. ¡Cómo duele!

—Lo sé... he intentado curarlo un poco pero lo vas a tener hinchado unos días.

—¿Qué hacía el chef aquí?

Se incorpora un poco emitiendo un quejido y aunque no parece estar enfadado, sí quiere o necesita respuestas. Enseguida niega con la cabeza

sabiendo que no tengo por qué responderle, que no es asunto suyo.

—No es lo que crees. Yo estaba muy borracha... bueno, de hecho aún lo estoy un poquito. Le abrí la puerta y cuando viniste tú, él aprovechó para quedarse desnudo en el sofá. Creo que pasó eso... más o menos. No hicimos nada, te lo prometo.

—No tienes por qué darme explicaciones. En unas horas cojo un vuelo a Nueva York.

Ahora mismo no siento las maripositas revoloteando por mi estómago. Siento un tremendo nudo en la garganta que me impide hablar. Me esfuerzo por no llorar y rogarle que se quede conmigo. Rogarle que me cuente a que era debida su rabia y sus lágrimas. Qué es lo que le ha sucedido para que no sepa realmente qué hacer con su vida.

—Branson... —suspiro—. ¿Estarás bien?

Asiente y sonrío levantándose de la cama. Da unos pasos algo mareado y al ver que puede continuar andando, sigue hasta detenerse en el umbral de las escaleras y me sonrío.

—Aquella noche, cuando nos interrumpió el chef, sí que recuerdo qué era lo que quería decirte, Kate.

—¿Ah, sí?

Me muero de curiosidad por saberlo.

—Ha sido el verano de mi vida. El mejor verano de mi vida gracias a ti.

Grecia no es lo mismo sin ti

La isla y Villa Dimitri se han quedado vacías sin la presencia de Stuart. Cuento las horas y los minutos para que llegue el día en el que yo también parta hasta Estados Unidos. Tengo su número de teléfono, lo llamaré cuando llegue. Pero ahora no. No porque él no lo ha hecho y tal vez sea por algo. Tal vez no he significado tanto para él como he pensado. Tal vez mentía cuando me decía que a mí no me quería follar como a las demás; a mí me quería hacer el amor. Apenas salgo del apartamento. Solo para ir a cenar evitando en todo momento encontrarme con la mirada lasciva de Stefan; y a la piscina o a la playa. Sigo bañándome cada noche desnuda bajo la luz de la luna y las brillantes estrellas; para recordar sus besos y sus caricias. Su mirada y su olor.

—Una de dos —escribe Charlotte con emoticonos cabreados—: o disfrutas de Grecia y los días que te quedan ahí, o vas al aeropuerto y pillas el primer vuelo que salga a Nueva York. Y cuando llegues, le llamas.

—Esto no puede acabar así, Kate —teclea Lucy.

—Qué triste... —se lamenta Betty, a la que imagino escribiendo a la vez que le está dando un masaje a su marido, alias *el tío del metro*.

—Quién me iba a decir a mí que me iba a enamorar del estúpido *tío del avión*...

—¡Te lo dije! —exclama Betty—. Te dije que te enamorarías, que podías encontrar al hombre de tu vida.

—Betty, no sé qué creer. Nunca quiso hablar de por qué estaba aquí solo con una decisión qué tomar para poder seguir con su vida. Yo se lo he contado todo sobre mí. Le abrí mi corazón, sabe lo de Martin, lo sabe todo... Y sin embargo él, nunca quiso contarme nada.

—Tendrá sus motivos —dice Pam.

No les hago caso. Ni disfruto de los días que me quedan en Grecia ni pillo

un avión hacia Nueva York por el simple hecho de que estoy en el paro y no tengo ni un duro. De no ser porque Martin pagó la luna de miel, no hubiera podido permitirme dos semanas “de ensueño” en la Isla. Me limito a ser un cuerpo sin alma vagando por las callecitas de piedra del recinto, remojándome en la piscina para soportar el calor o paseando a orillas del mar por la noche para relajarme antes de ir a dormir.

Y en mi cabeza, un único pensamiento: una noche en la que vi que la vida, a pesar de ir en serio, podía ser maravillosa.

CAPÍTULO 10

STUART

Volver a vivir

Nueva York, una semana más tarde

Volver a la caótica ciudad de Nueva York, significa volver a la realidad de una vida que no hubiera querido ni en el peor de mis sueños. Nunca imaginé que el viaje que tenía pendiente a Grecia desde mucho antes del accidente, me regalara a la mujer más maravillosa que había conocido en mi vida después de ella. Porque antes, siempre era ella.

Quizá ella, postrada en una cama en estado vegetal, haya hecho de las suyas como siempre me decía.

—Si algún día me pasara algo —murmuraba antes de ir a dormir, con sus grandes ojos color avellana y una sonrisa nerviosa en sus labios—, si me muriera y subiera al cielo; haría lo posible por presentarte a la mujer de tu vida.

—No digas tontería, Ángela. La mujer de mi vida eres tú —le decía yo riendo.

—Pueden haber más. No muchas, claro. No cualquiera. La vida tiene un plan, Stuart. Siempre tiene un plan.

Pero una fatídica noche en la que mi mujer y yo salimos a cenar a casa de unos amigos, tuvimos un accidente de coche. Un conductor borracho nos arrolló sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Salí ileso del accidente y Ángela no despertó. Lleva un año en estado vegetal, postrada en una cama de hospital de la que jamás despertará. Y yo, su marido, soy el único en términos

legales que puede poner fin a esta situación. Mientras voy en metro camino del hospital, pienso una y otra vez en las palabras premonitorias de Ángela. ¿Puede saber alguien que su vida terminará pronto? ¿Puede intuirlo? Nunca hablamos de tener hijos. De hecho, hicimos muy pocos planes salvo un viaje a Grecia. A la Isla de Ikaría. Ángela decía que era especial, única en el mundo. Pude contemplar su belleza la semana que estuve allí, aunque deberé decirle a Ángela que su gastronomía no me acabó de gustar demasiado. No al menos la comida del chef de Villa Dimitri.

Seguramente, Ángela detestaría al tipo en el que me he convertido. Nunca le gustaron las personas impertinentes o bruscas y siempre criticaba a los hombres que se iban a la cama con cualquier mujer que se les pusiese por delante.

Salvo la ocasión en la que me levanté sin recordar nada, ninguna mujer había estado en mi cama. Mi cama era sagrada, su cojín aún conservaba su aroma a lavanda. Pero poco a poco, con el tiempo; el olor fue desapareciendo un poco y le temo al día en el que lo haga del todo. Sus vestidos siguen en el armario, esperando por ella. Los libros que no le dio tiempo a leer, acumulan polvo en la estantería del salón. A lo largo de este año maldito, he aprendido a vivir con su ausencia. Los primeros ocho meses fui cada día al hospital. Luego, mis visitas fueron disminuyendo porque creía que mi corazón iba a estallar a causa del dolor. «¿Por qué ella y no yo?», me preguntaba a todas horas.

Una joven de unos veinte años entra en el metro. Me recuerda a Kate. Al igual que ella es rubia y tiene unos grandes ojos azules como tantas otras personas en el mundo. Pero su esencia resulta embriagadora y especial como la de Kate. Me rio solo al pensar en ella y en todos los momentos divertidos que vivimos en Grecia. Imagino que ya habrá vuelto a Nueva York y quisiera llamarla, pero me da miedo pensar que si no lo ha hecho ella; a lo mejor es porque no quiere. Al fin y al cabo, las personas se vuelven un poco locas cuando están de vacaciones y ven cosas que luego, al volver a la cotidianidad, puede que no fueran tan reales como lo parecían en el momento en el que se vivían.

Queda una parada. Una parada para bajar, caminar cinco minutos hasta el hospital y ver a Ángela sin signos vitales postrada en la cama. Su espíritu, si es que eso existe, debe estar enfurecido conmigo. «¿Por qué no lo hiciste antes? ¿Por qué no desconectaste las máquinas en el momento en el que los

médicos te dijeron que mi cerebro no funcionaba? ¿Por qué has querido retenerme aquí?». En realidad, nunca perdí la esperanza. Me quedaba sentado al su lado pensando que en cualquier momento abriría los ojos o acariciaría mi mano posada sobre la suya. Nunca ocurrió. Las enfermeras me miraban con lástima y estos últimos meses, el rostro de los médicos me decían con dureza que debía terminar con esto.

Los padres de Ángela no han cesado en su empeño de intentar convencerme vía *WhatsApp*. Su madre, me dijo un día que había soñado con Ángela.

—Estaba muy triste y vestía una túnica blanca. Quería irse de este mundo, Stuart. Hijo, soy su madre, no sabes cuánto me duele tener que rogarte que debes decir que la desconecten. Debes dejarla ir.

Al principio me culparon por el estado vegetal de su hija. Su padre, un policía retirado de aspecto rudo, me dijo:

—¡Seguro que tú también ibas borracho! ¡Y la dejaste morir! ¡Stuart, Ángela está muerta!

—No, no lo está —respondí llorando a lágrima viva.

—¿Acaso esto es estar vivo? —preguntaba señalando a su hija.

Los cinco minutos de camino al hospital se me hacen eternos. Con las manos en el bolsillo y un nudo en la garganta, subo la cuesta y me sitúo frente a la entrada del hospital. Automáticamente, como si fuera un robot, voy hasta el ascensor, sexta planta, habitación 210. Lo sé de memoria. Al entrar por la puerta, los padres de Ángela lloran junto al cuerpo de su hija. Hace dos meses que no la veo. Su cabello de color caoba está despeinado y grasiento sobre el cojín. Sus ojos cerrados y su pequeña nariz y sus suaves labios, cubiertos por un gran tubo. Las máquinas trabajan para mantener el ritmo cardíaco de su corazón, pero su cerebro no responde. «Y nunca lo hará», acabo de convencerme a mí mismo.

—Stuart, hijo —saluda el padre de Ángela compungido.

Su madre me abraza. Me alivia un poco la manera en la que me miran. Por los cientos de mensajes que me enviaron, pensé que me acribillarían a preguntas o empezarían con reproches.

—Es el momento, Stuart —suplicó la madre de Ángela.

—¿Podéis dejarme solo con ella? Será solo un momento —les pido.

Asienten y desaparecen por la puerta. Veo por el pequeño cristal que se han detenido a hablar con el doctor, que llega un abogado con multitud de papeles que tendré que firmar y que la madre de Ángela se pone a llorar

desconsoladamente en brazos de su marido.

—Ángela... He estado en Grecia, ¿sabes? En la Isla Ikaría. Y sí, es especial.

Acarició su mano y le doy un beso en la frente. Simple imaginación la mía la que me hace ver que su boca hace una mueca formando una bonita sonrisa en sus labios.

—He conocido a alguien. Se llama Kate Spencer y es tan vital como lo eras tú. Está un poco loca, sí, pero... ¿Quién no? Este mundo es de locos. Me da mucha pena que tú ya no estés en él, Ángela. Perdóname por haberte retenido durante tanto tiempo. Por no haber tenido el valor suficiente como para desconectar estas máquinas. Sé que tu deseo era muy diferente a este y sé que no me he portado bien. Pero cumplí mi promesa. Fui a Grecia. Y esta solo va a ser la primera de otras muchas promesas que voy a cumplir —suspiro y respiro hondo. Apenas puedo continuar hablando—. Voy a ser feliz. Voy a vivir. Volveré a hacer anuncios si es que me quieren y lucharé por el amor de Kate. Pensarás que soy un idiota, pero por algún extraño motivo, quiero creer que fuiste tú quien la pusiste en mi camino. ¿Sabes? Al principio discutimos, nos caímos fatal. Eso en las pelis románticas siempre pasa ¿no? Pero luego... hizo que viviera el verano de mi vida. Y no digo que nuestro viaje a Bali no estuviera bien. Estuvo muy bien, ya lo sabes. Pero es... podría decirse que es una nueva ilusión. Un nuevo camino que no esperaba y que me ha sorprendido. Es mucho más de lo que esperaba, Ángela.

Enjuago mis lágrimas y veo desde el cristal cómo sus padres, el médico y el abogado esperan impacientes en el pasillo.

—Llega el momento, Ángela. Gracias por estos años a mi lado. Gracias por dejarme ser yo mismo y hacerme sonreír. Gracias por cada segundo de tu vida en el que me elegiste. Siempre estarás en mi corazón.

Quince minutos más tarde, tras una charla con el apenado médico y el diplomático abogado; firmo los papeles que debería haber firmado hace meses. Desde que empezó todo, desde que no habían esperanzas y yo me empeñé en imaginarlas.

Observo cómo el médico con la ayuda de una enfermera, empieza a desconectar las máquinas que mantienen en este mundo a mi mujer.

No suelto la mano de Ángela hasta que quizá, por el descanso de su propio cuerpo, da un último y minúsculo soplo y se va.

Lágrimas, desolación, soledad.

Adiós mi vida. Adiós mi amor.

“La muerte no es ningún
acontecimiento de la vida.
La muerte no se vive.
Si por eternidad se entiende
no una duración temporal infinita,
sino la intemporalidad,
entonces vive eternamente
quien vive en el presente”

(Ludwig Wittgenstein)

CAPÍTULO 11

KATE

El reencuentro

Nueva York, dos semanas más tarde

Ayer me llamó Stuart. Me sentí como una idiota al duda de si cogerle el teléfono o no. Su voz sonaba distinta. Tranquila, como si hubiera encontrado la paz que deseaba. Diferente, agradable. Se mostró ilusionado al oír mi voz y me dijo que estaba deseando verlo. Yo no se lo dije, pero también me moría por estar con él. Por creer que nuestra breve historia no había sido solo un “amor de verano”, como tantos otros en el mundo, que desaparecen al instante al igual que una estrella fugaz. Quería creer que podía existir algo real en las miradas que nos habíamos dedicado. Algo estable y duradero. No solo por no acabar en un cuchitril del Soho con siete gatos o más; sino porque realmente quería estar con ese hombre.

Hace una semana que volví a Nueva York, pero no me atreví a llamarle a pesar de la insistencia de mis amigas. «¡Pesadas!», les decía yo, acariciando al gato de Lucy. Ahora tengo ganas de decirles: «¿Lo veis? Todo llega chicas, todo llega. Solo tenía que hacerle sufrir. Que me echara de menos».

Decido ir a ver a mis padres. No los veo desde que salí corriendo de la Catedral de San Patricio, cuando Martin me dio el “No quiero”. Afortunadamente mi madre no está. Mi padre me abraza y me dice emocionado:

—Ven cariño, ven. Quiero enseñarte algo.

Me muestra una carta con los bordes amarillentos y su letra chiquitita y

perfecta. Se trata de una entrañable carta que escribió cuando yo tenía cinco años y me leyó con diez. Hacía mucho tiempo que no la leía y se me saltaron las lágrimas con cada una de sus palabras:

Para Kate, mi hija.

19 Cosas que quiero que recuerdes siempre:

1. No eres ninguna princesa y no lo serás nunca, salvo que tu mamá o tu papá sean reyes o conozcas un príncipe y te cases con él. Eres una niña maravillosamente común y corriente y si vas a identificarte con algo, da lo mismo que sea con princesas como con amazonas, guerreras, artistas o deportistas.

2. Los príncipes azules no existen. Pertenecen a los cuentos de hadas que te cuentan, para que asumas que tu rol en el mundo es el de aguardar al hombre ideal que te alivie de las cargas de ser una mujer responsable y autónoma, que te salve de las fatigas de la sociedad y te convierta en madre de niños que deberían completarte como ser humano.

3. Todos los juguetes del mundo son aptos para ti. No es verdad que haya cosas de chicos y cosas de chicas. Te van a regalar cocinitas, bebés de juguete y sets de belleza para que te habitúes a esas actividades cuando crezcas. Si quieres tener más cochecitos que muñecas, está todo bien. No dejes que nadie te diga lo contrario.

4. No hay límites para tus ganas de ser libre. Lo mejor que te puede pasar en la vida es elegir más allá de tu género, sin condiciones, y que tus elecciones varíen tanto como tu lo desees.

5. No aceptes que te digan “una niña no hace eso”. Los que te hablen así (incluso si son tus padres), quieren condicionarte, cortarte las alas y marcarte un camino que creen que deberías seguir. Defiende tus decisiones, crece sabiendo que los que sostienen divisiones según el sexo, tienen cerebros pequeños y mentes pobres.

6. Súbete a todos los árboles que puedas. Eso no es ser marimacho. Eso es estar viva y saber jugar. Recuerda que para eso vas a necesitar ropa cómoda.

7. El mundo está lleno de colores bellísimos, el rosa es uno más. Que tu

existencia sea un arcoíris

8. Búscate juegos que vayan más allá de cambiar pañales, dar biberones de mentira y usar ollas de plástico.

9. Ignora la publicidad. Evita las modas. Evita todo lo que te quieran imponer desde la televisión, hasta que puedas discernir qué te sirve de todo eso.

10. Nunca jamás dejes de preguntar por qué las cosas son como son. Nunca te conformes con la primera respuesta. Nunca te quedes con dudas si puedes sacártelas. El conocimiento es luminoso y te abre puertas.

11. Huye de la violencia. No porque sea patrimonio de los hombres, sino porque es la herramienta de los imbéciles.

12. Nadie va a quererte más porque seas delgada o muy alta, ni porque tengas tetas grandes. Al menos nadie que valga la pena conocer.

13. Mirar dibujos está bien, pero también lee. Lee mucho. Lee hasta que te duelan los ojos. Lee cuentos, novelas, historias de piratas, extraterrestres y ballenas blancas. Incluso si al principio no entiendes lo que estás leyendo porque eres pequeña, algo de eso queda en tu cabeza y la abre.

14. No descartes leer el cuento de la Cenicienta, pero acuérdate que ella y todas las demás, se cansaron de comer perdices en la parte que viene después del “y vivieron felices para siempre”.

15. Lo mismo vale para la música, el mundo no se termina en Shakira y Selena Gómez. Si puedes, aprende a tocar algún instrumento, el que sea.

16. Casarte y ser mamá es uno de tus destinos posibles, pero no es obligatorio. Tu futuro no está escrito en piedra, es como el barro y tú puedes moldearlo.

17. Nunca serás muy pequeña para entender, lo que pasa es que a veces, los grandes no sabemos cómo explicarte las cosas.

18. No siempre hubo mujeres presidentas. Son el producto de siglos de lucha y esfuerzo de todas las mujeres del mundo. Por eso, no olvides a las que te precedieron, les debes mucho de tu libertad.

19. Las chicas que aparecen medio desnudas en las portadas de las revistas y en la tele lo hacen porque creen que no tienen otra cosa que mostrar. Tú muestra tu cerebro, que al contrario que el culo, se te va a poner más firme con los años.

Suelto una carcajada cargada de emoción y abrazo a mi padre. Me mira con ternura y continúa hablando.

—Todo se supera, Kate. Dentro de unos años te reirás de todo lo que ha pasado. Lo recordarás como una anécdota. Todo va a ir bien, pequeña. Ya lo verás.

—Gracias, papá. Gracias.

Al cabo de un rato llega mamá. A ella le cuesta ser agradable, pero aún así, me tomo su saludo como un privilegiado halago.

—Vaya Kate, el bronceado disimula tus ojeras.

18:00h

¡Oh, Dios mío! Stuart se está acercando... viene hacia mí, sonriente y sereno y al tenerlo enfrente, acaricia mi mejilla y me da un impresionante beso en la boca. No estamos desnudos bajo las aguas griegas con una enorme luna y un precioso cielo estrellado siendo testigos de nuestros besos y miradas. Tenemos un montón de gente a nuestro alrededor, paseando por las calles neoyorquinas en sus propias burbujas y el ruido ensordecedor del tráfico es de todo menos romántico. Pero da igual. Estoy con él. Al fin estoy con él y eso es lo importante.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Branson. La Isla se quedó vacía sin ti.

—¿Y por qué no me ha llamado, señorita Logan? ¿Acaso cree que así, se haría la interesante? —ríe Stuart.

—Puede ser.

Minutos más tarde, entramos en una cafetería y Stuart parece estar al fin, preparado para confesar el terrible suceso de su vida. Me estremezco al escuchar cada una de sus palabras, al observar todas las lágrimas que sigue derramando por Ángela, su mujer fallecida. El duro momento en el que tuvo que firmar los papeles para desconectar las máquinas que la mantenían con vida desde hace un año y lo mal que se ha sentido consigo mismo por no haberlo hecho antes. Sé que no necesita mi compasión y mucho menos mis consejos o un «hiciste lo correcto». Creo conocerlo un poco y sé que eso no es lo que busca en mí.

Cuando termina de contarme su historia, se encoje de hombros resignado y me pregunta:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Vivir la vida, Branson. De la mejor manera que sepamos.

«Estimada Memoria,
Recuerda lo que tienes que olvidar y deja
esa nostalgia en la cama.
Toma tu sonrisa y disfrutemos este presente,
que aunque duele, ya no mata.
Saludos cordiales,
La Vida»

FIN

Kate y Stuart llevan casados un año.
Ella está embarazada. Están esperando una niña
a la que llamarán Ángela.
Kate también piensa que Ángela
fue quién puso a Stuart en su camino.
De otro modo, ¿se hubieran llegado a conocer?
“La vida siempre tiene un plan para cada uno de nosotros”



Escribe tu opinión sobre el libro en la página del producto de Amazon
y ayuda a que otros lectores conozcan la conmovedora historia de
EL VERANO DE TU VIDA.
¡Gracias!



Lucy Morton nació en Madrid en el año 1986. Es periodista y trabaja en una revista de moda. De padres neoyorquinos, todas sus historias están inspiradas en la ciudad de los rascacielos. “El verano de tu vida”, basada en hechos reales, es su primera novela con la que críticos literarios aseguran, que estamos frente a una de las escritoras revelación más prometedoras del género.

Contacta con ella a través de Twitter:

